



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

COPAKAWANA

Novela

Mirador de la Piedra Preciosa

1980

*
*
*

© Rolando Diez de Medina, 2005
La Paz – Bolivia

INDICE

- I.- [EN LA REMOTA LEJANÍA](#)
- II.- [DE LA CATÓLICA VERSIÓN](#)
- III.- [EL JINETE DESBRUJULADO](#)

“Allí donde se rozan el mayor dolor con la más honda alegría, y la piedad cristiana convive con las oscuras y antiguas teogonías, hombre y paisaje en distanciada soledad: allí está el Misterio”.

Siripaka

I.- EN LA REMOTA LEJANÍA

En ese tiempo no habían reyes ni sacerdotes. No se conocían la nobleza, la corte, el poder religioso. Algunos "thaliris" o adivinos solían fascinar al pueblo con sus predicciones, pero en realidad sólo mandaba el Jefe de Hombres que conforme convenía a sus objetivos lo mismo se valía de ellos que los aventaba a su antojo. Porque el Jefe de Hombres, omnímodo y solitario, dirigía la muchedumbre andina con su sola voluntad.

Tres pruebas debía vencer antes de asumir el mando: la de fuerza y valor, la de inteligencia previsor, la de saber administrar justicia. Cuando Nayra-Nina, Ojo de Fuego se hizo viejo, y pendían ya numerosas lunas sobre su vida, el pueblo resolvió elegir al Jefe de Hombres que lo sustituiría y se inició la lucha de los aspirantes. Participaron los diez donceles más sobresalientes por su apostura física y su agilidad mental. Wayna-Puriri, el Joven que Llega venció en las tres pruebas a los nueve contendores. Desde ese instante perdió el nombre y sólo sería conocido, como era tradición, por el Jefe de Hombres.

Recordando la agilidad, la destreza y la astucia con que pudo imponerse a sus adversarios más fuertes, uno de los ancianos auguró:

—Este mandará largo tiempo.

Pero el nuevo Jefe de Hombres no se envaneció. Sereno y firme a la vez, reflexionaba antes de tomar una decisión, no se precipitaba y ese ritmo seguro y pausado infundía confianza a las gentes. El cuerpo flexible, arrogante, daba sensación de juventud indómita, los ojos escrutadores esparcían el temor que difunde una sabiduría instintiva: parecían leer en los demás.

Dicen que era excesivamente severo al aplicar sanciones, rayando en la crueldad cuando se enfurecía —lo que no era habitual en él. —y es que la oscuridad física y la turbación interior originaban una cierta propensión a lo vedado. Leyes escritas no existían; sólo tradición y costumbres que al ser infringidas exigían castigo.

Amado y temido a la vez: ¿no es la condición ideal para el que manda? Sin que la sonrisa aflorara a sus facciones el Jefe de Hombres se complacía en su poder omnímodo.

Esa noche, al resplandor de las fogatas, reunió a los "yatiris" o adivinos, a los hombres maduros y a los jóvenes y les pidió opinión sobre el prolongado período de frío y de oscuridad.

—¿Qué piensan, qué podemos hacer?

Los "yatiris", temerosos de comprometer su infusa sabiduría adivinatoria, soslayaron el problema:

—Gran Jefe —expresaron— las luces de arriba (señalando al cielo) anuncian todavía varias lunas donde reinará lo negro. Después volverá el Señor de Luz, germinarán las cosechas y volveremos a ser felices. Nada podemos hacer contra los poderes ocultos que nos gobiernan.

El jefe de hombres hizo un gesto despectivo.

Hablaron los hombres maduros agregando:

—Debemos luchar contra las tinieblas. Hay conjuros, ritos, la Expedición al Bosque, o la Invocación a los genios del Lago, tal vez algo nuevo... Tenemos que luchar contra las fuerzas oscuras que se encarnizan contra el pueblo de las alturas.

Brillaron los ojos del Conductor y un ademán de su diestra dio el turno a los jóvenes. Su caudillo expresó:

—Nosotros pensamos que una incursión al país de la otra ribera del Lago podría devolvernos la luz y damos riquezas que conquistaríamos con nuestro valor.

El Jefe de Hombres miró burlón a la concurrencia:

—Es todo lo que pensáis y no es mucho. ¿Esperar como estiman los "yatiris"? Demasiada prudencia, cobardía. La gente madura piensa mejor: confiar en ritos y conjuros es desconfiar de nosotros mismos. Y en cuanto a los jóvenes, la sangre les bulle impetuosa: olvidan que los pueblos de las alturas viven en paz hace muchas lunas, que hay pocos varones, pocas hembras, y que la guerra y el pillaje serían funestos.

Las caras se alzaron ansiosas hacia el solio donde yacía sentado el Jefe de Hombres. Y éste, después de unos instantes de silencio profirió su veredicto:

—Irán exploradores hacia los cuatro confines del país. Verán todo lo que sucede en los cielos, en los aires, en los montes, preguntarán a las gentes, consultarán con los ancianos qué pasó en los otros tiempos de la Edad Oscura, indagarán si el rayo de luz bajó de arriba o si brotó de la Peña que emerge de las Aguas, cosa que los pueblos vecinos deben recordar. Nosotros somos nuevos y hemos olvidado las antiguas tradiciones. Cuando tengamos toda esa información, uniremos la voz de la naturaleza a la voluntad de los hombres; y entonces resolveremos qué se debe hacer. Prepárense porque vendrán tiempos duros. Lo presiento.

La concurrencia se disolvió y cada cual volvió a su casa, sencillas viviendas de barro y paja.

Wayna, un mozo veinteañero elegido como uno de los ocho exploradores que debían recorrer los confines, se rebeló. Dijo a su padre, el venerable Tupac: "No iré. Debo unirme a la hermosa doncella Sayri". El anciano le contestó con tristeza: "Yo también deseo vuestra unión, pero las decisiones del Jefe de Hombres son inapelables. Espera, a tu regreso podréis unirlos. Si desobedeces, el Conductor te hará matar".

Wayna comprendió que no tenía salida. Pero antes de partir tomó contacto con la sociedad secreta del Halcón Invisible, que conspiraba para derribar del Mando Único al Jefe de Hombres. Y pasó a ser uno más de los audaces descontentos que pretendían alterar la antigua organización del país de altura.

El Hacedor de Lluvia, el Apaciguador de las Tormentas y el Regulador del Fuego, los jefes de la sociedad secreta, que jamás mostraban el rostro, pasaban por tres simples agricultores. Nunca se los veía juntos. El Jefe de Hombres se mofaba de sus ritos para conjurar las fuerzas naturales; por eso lo odiaban, pero el pueblo creía en sus conjuros, apesar que sus aciertos eran tan numerosos como sus yerros. ¿Qué importaba fallar a veces si de pronto llovía en plena sequía, si después de varias tormentas se detenía una, y si el fuego fingía obedecer, de cuando en cuando, los designios de su evocador? Los tres cumplían con antiguas costumbres, participaban en las fiestas agrarias, inducían a la plebe a creer en las grandes fuerzas naturales. Vivían modestamente, no daban la sensación de querer acumular poder; simplemente cumplían con la tradición. El Jefe de Hombres pasaba indiferente a su lado, rara vez los llamaba a su Consejo de Amautas. Tenían razón para detestarlo, pero guardaban celosamente su rencor y nadie sospechaba sus escondidas ambiciones. Sólo Katari, el amaута menor, astuto y desconfiado, solía murmurar al oído del Conductor: "esos tres buscan algo; algún día descubriré qué es".

Wayna prestó el juramento de sangre. Al volver de la expedición tendría que informar de cuanto pasaba en la Casa del Amo y ayudar a preparar la insurrección que los Jefes del Halcón

Negro proyectaban sangrienta eliminando al Conductor, a toda su familia y a sus principales áulicos.

Al retornar, dos lunas después, los ocho expedicionarios coincidieron en sus informes: por todas partes el manto de arriba se presentaba gris, tenebroso, las formas del paisaje se desvanecían en una cortina neblinosa que oscurecía todo. Para reconocerse las gentes tenían que acercarse mucho. No se divisaban las cumbres que en otros tiempos —referían las leyendas— lucían altísimas soberbias, y el frío acosaba apesar de los gruesos cueros de alpaca. Conversaron con pobladores de esas lejanas regiones y todos expresaban lo mismo: la Edad Oscura ya dura mucho. Los bisabuelos nos cuentan prodigios del tiempo en que Willka, el Padre Sol, acariciaba la tierra y sus habitantes con mano feliz.

El Jefe de Hombres, impasible, escuchó el mensaje. Calló pero dentro de sí pensaba: "no podemos manejar los poderes ocultos ni traspasar la tiniebla. Esperemos. Las leyendas narran que varias veces Willka desapareció y que alternaron la Edad de Luz con la Edad Oscura. Esperemos".

Los jefes del Halcón Negro pensaban de otro modo. Ellos poseían poderes mágicos para violentar a las fuerzas naturales y rendirlas a su voluntad. Verdad que no siempre obtenían lo buscado. Muchas veces fracasaban (entonces el detestado Jefe de Hombres se burlaba de su ciencia) pero a veces acertaban y su prestigio ya casi desvanecido renacía en el pueblo.

—No puedo hacer llover en la región seca —dijo el Hacedor de Lluvia.

—Tampoco yo detengo la tempestad —añadió el Ahuyentador de Tormentas.

Y el Regulador del Fuego expresó acongojado:

—Las potencias oscuras se conjuran contra nosotros. El fuego se apaga prestamente y hay que reencenderlo a cada instante.

Se miraron compungidos. Luego surgió la solución peligrosa pero eficaz: difundir en la multitud que la dureza y la severidad del Conductor irritaban a las Potencias Oscuras, por lo cual había que derribarlo y colocar en su lugar al triunvirato de los Magos que invocándolas harían tornar los felices tiempos antiguos.

La hermosa Kana Wara suspiraba por el Jefe de Hombres sin lograr alcanzar su amor. Por ley ancestral él podía tomar la mujer que quisiera, llevarla a su lecho y después devolverla a los suyos sin atarse a ninguna ligadura sensual o sentimental. ¿Para qué necesitaba mujer si podía tenerlas a todas? Era joven, aun no pensaba en descendientes. Las mujeres de tiempo en tiempo: había cosas más importantes en las cuales ocuparse.

El Jefe de Hombres miraba con secreta admiración a la hermosa Kana Wara. Le placían su bella cara y más aún su cuerpo soberbio pero desconfiaba de sus encantos. "Me amarraría —pensaba— y debo evitarlo. Hay otras". Y pasaba desdeñoso a su lado. La doncella soportaba en silencio sus desaires envidiando a las mujeres que visitaban el lecho del Conductor.

El sabía manejar a sus hombres. Por ejemplo al rudo y limitado Jake Chamak, capitán de los guerreros, fuerte y valiente como ninguno, lo tenía siempre ocupado guardando los límites del territorio que le hacía recorrer incesantemente. El intrigante y astuto Katari, de genio maligno, lo tenía al tanto de chismes y rumores. Su memoria privilegiada le permitía recoger íntegras conversaciones que luego transmitía al Jefe de Hombres. Era codicioso y cada vez que transmitía algo importante recibía una alpaca. Al anciano Tupac le guardaba afecto y respetos: supo educarlo y había sido consejero de su padre; pero estaba ya muy viejo y era más un símbolo que una fuente de sabiduría. Confiaba en cambio en Siripaka —el que lleva la luz, el que dice la verdad, significa este nombre— su único amigo, que lo aventajaba en años y experiencia. Y también, él lo

reconocía, en un instinto singular para acertar cómo y cuándo se debía obrar. Presintiendo, acaso, la conjuración de los Magos, Siripaka sugería:

—Señor: eres muy duro, a veces rayas en la crueldad. Las gentes te temen aun reconociendo tu espíritu justiciero y cómo velas por su bienestar.

El Jefe de Hombres lo miró sombrío:

—¿Y cómo podría ser de otra manera? La época es dura, es cruel con nosotros. Las tinieblas no quieren ser rasgadas, ocultan el mal y a los malhechores. Tú sabes que si aflojo la comunidad caería en decadencia. Sólo el rigor, la constante vigilancia, nos mantendrán fuertes, unidos, aptos para la lucha, para defender nuestra heredad. Bien sabes que pueblos hostiles rondan los límites.

—Verdad —repuso Siripaka. Pero tu no eres cruel en el fondo; amas al pueblo. A veces impones sanciones que te duelen. Aminora tus rigores. Bueno es combinar la severidad con lo magnánimo.

—Gracias —dijo el Conductor. Lo pensaré, pero no olvides que la vida hostil que nos acecha desde afuera nos obliga a ser severos en las vidas que manejamos.

Transcurrieron varias lunas. Los Magos conspiraban, Tupac y Siripaka emitían sabios consejos. Se unieron Wayna y Sayri y se fue extinguiendo el odio del doncel al Conductor, pero estaba unido por juramento al Halcón Negro y debía acatarlo. Katari fingiéndose amigo de todos, a todos traicionaba pues nadie conocía sus entrevistas secretas y sus informes al Conductor. La hermosa Kana Wara seguía suspirando en vano por el amor del Jefe de Hombres.

Sí, era reconfortante su amistad con Siripaka, pero éste un Enseñante, tenía además numerosa familia y debía velar por muchos, no siendo frecuente su compañía. El Jefe de Hombres vivía en soledad. Honraba a sus viejos padres más sentíase muy lejos de ambos que habitaban en un paraje retirado. Los cuidaba y visitaba de vez en cuando. ¿Qué podían darle aparte de su antiguo amor? Hablaban otro lenguaje, no comprendían los nuevos tiempos ni las cambiantes costumbres.

Un atardecer, encaramado en un peñón, el Jefe de Hombres pensó con orgullo y con tristeza: "Soy un solitario, como ese monte lejano cuya cima se pierde entre las nubes. Nadie se me acerca ni puedo acercarme a ellos porque perdería autoridad. Creen que hablo con las Potencias Oscuras (¡estúpidos!). Soy tan impotente como los Magos, por eso me burlo de ellos. Mando en mi país y en mi pueblo, los organizo, los conduzco, los hago trabajar y producir, les permito el regocijo de las fiestas agrarias. Pero el Jefe de Hombres no tiene descanso: debe ser el primero y el mejor en fuerza, en inteligencia en el poder de decisión".

Inmóvil como clavado en la roca, roca él mismo, el Conductor escrutaba los confines. Una música secreta le traía el viento de la Cordillera: algo venía, algo se aproximaba anunciando tiempos mejores. Y la escultura humana y la pétreo escultura comunicaban. Siripaka era un amigo, un consejero pero nada sabía de sus íntimos pensamientos, de sus planes futuros (esa invasión que planeaba al país de la quebrada profunda; su propósito de navegar el Lago con embarcaciones mayores). No debía flaquear ni esperar comprensión de nadie; para eso era el Conductor: altivo, hermético, cerrado en sí mismo. Soledad del grande que es como la expiación de su propia grandeza. El Jefe de Hombres ignoraba la ternura, ese rayo de emoción que asomaba en los ojos de Siripaka cada vez que miraba a su esposa. Debía endurecerse más aun, porque la bondad y la tolerancia ablandan y envilecen.

Recuperó su dominio y descendía a la planicie cuando una sombra se irguió junto a él. Con ira reconoció a Kana Wara.

—¡Cómo te atreves a turbar mi retiro! ¿No sabes que nadie puede aproximarse a mí si no lo llamo? —la increpó.

—Señor: tienes indicado que si alguien conoce algo extraño, debe comunicarlo directamente a ti...

—Pudiste enviar a uno de tus hermanos. Yo no trato con mujeres —fue su áspera respuesta.

Venciendo su timidez la doncella agregó:

—Es algo tan raro que ni siquiera a mi familia lo dije. Si me autorizas te conduciré al sitio del prodigio.

El Conductor hizo una mueca de desdén: prodigio. ¿Qué podía saber una muchacha de prodigios? "Si se burló de mí o si su juicio es tonto la haré apalearse" —pensó molesto.

Al terminar el descenso de la colina la joven resbaló y estuvo a punto de caer. Con mano firme el Jefe de Hombres la cogió impidiendo que cayera. La mano suave y cálida de la muchacha le causó una rara sensación de bienestar. Se apresuró a soltarla recomendándole que se fijara en lo que hacía. Tal vez fue brusco, injusto si ella venía a revelar algo tan importante, pero tenía que mostrarse hostil con la muchacha y todas las de su sexo. ¿Mujeres? Para cuidar la casa y los niños, no compañeras del guerrero y menos de un jefe.

Bordearon la margen occidental del Lago. Aun no se insinuaba el amanecer que sólo era el paso de un gris oscuro a un gris pálido. La joven lo condujo hacia una gran roca que atalayaba el panorama acuático:

—Espera un rato, Jefe de Hombres —dijo— y verás lo que yo ví. No atino a explicarlo pero tu con tu sabiduría sabrás de qué se trata y si amenaza a nuestro pueblo.

Pasaron unos minutos de expectativa. Ya empezaba a dudar de la sinceridad de la joven (¿acaso Rana Wara habría tomado el supuesto prodigio para acercársele?) cuando un relámpago lumínico cruzó la atmósfera en tinieblas, y se posó un instante en la roca. Luego desapareció súbitamente. El fenómeno se repitió dos, tres veces, tan fulminante que no daba lugar a serena observación. "Es el mensaje de Willka, el Padre de la Luz, que ha de volver" —pensó gozoso. Y en un impulso de gratitud dijo a Kana Wara:

—Verdad, tenías razón. Es un prodigio. No digas a nadie que lo viste. A este lugar de la revelación llamaremos "Copakawana", mirador de la piedra preciosa. Gracias doncella. Vuelve a tu casa".

La joven hizo una reverencia al Conductor y se disponía a retirarse, cuando un rayo de luz ancho, intensísimo, pareció incendiar el paisaje. Hasta el Jefe de Hombres sintió miedo. Kana Wara, espantada e instintivamente buscó refugio en los brazos del hombre. Sintió el hombre el cálido contacto del cuerpo femenino, los firmes y tibios senos contra su pecho, y la suave piel del cuello que tocaban sus manos. Fue sólo un momento, porque el prodigio pasó velozmente y la proximidad de los cuerpos se deshizo. Pero el Conductor comprendió que luego del fugaz trastorno, paisaje y mujer le dejarían un recuerdo indeleble.

Miró a Kana Wara y la encontró bellísima con su mirar de vicuña asustada. Ninguna mujer —verdad que conocía pocas— le causara tal sensación de asombro y de dicha. Ahora comprendió por qué la evitaba: temía caer bajo su hechizo y el fugitivo contacto bastó para entender que la doncella le estaba destinada. ¿Cómo pudo estar ciego a su encanto tantos años? Kana Wara le daría amor, su juventud, su belleza, su ternura. Tendría una compañera a quien vertir sus

confidencias, de quien recibir consejos. Porque en los ojos de la muchacha resplandecían inteligencia y sagacidad.

Luego reaccionó virilmente: era el Jefe de Hombres y no tenía derecho a exhibir blandura o debilidades. Los sentimientos deben esconderse en lo recóndito del ser. No dar confianza a nadie. Y sobreponiéndose a la confusión de su espíritu recobró el don de mando y puso otra vez distancia entre ella y su turbado ánimo.

La mirada quiso endurecerse y no fue así. La voz aparentaba severidad. La joven con esa intuición de los matices que sólo captan las mujeres entendió el cambio. Escuchó con naciente y tímida sonrisa las palabras del hombre:

—Ve a tu casa y calla.

Y le dio la espalda acaso para disimular su desconcierto.

Kana Wara se alejó estremecida por una sensación de gozo. El Jefe de Hombres no era insensible a sus encantos. El ancho rayo bajado del cielo gris lo había tocado en los ojos y en el corazón. Ella no lo diría a nadie porque debía respetar su elevada posición y el prestigio de su cargo. La joven presentía el futuro y decidió defender celosamente su secreto.

La conspiración seguía su curso. Los tres Magos recogían los primeros frutos de su intriga. Se rumoreaba, en el pueblo, que apesar de sus virtudes, de su fuerza, de su astucia, el Conductor había caído en desgracia de los Poderes Ocultos: era demasiado severo, por eso persistían la oscuridad, el frío, la tristeza. Las cosas no cambiarían si no cambiaban el ceño aducto y la voluntad omnímoda del que los mandaba. "Un Conductor menos duro, ablandaría a las Potencias Desconocidas y podrían volver la luz de los antepasados y tiempos más felices" —era la consigna de los jefes del Halcón Negro que se difundía de región en región clandestinamente.

Siripaka fue el primero en recoger las ondas péfidas de los conspiradores.

—Hay malestar en las gentes —dijo al Jefe de Hombres. Están trabajando contra ti.

—Los aplastaré como a gusanos —replicó orgullosamente el Conductor.

Pero los trabajos subterráneos de los conspiradores avanzaban lentamente. El pueblo creía en los Poderes Ocultos y cualquier fenómeno natural lo aterraba. Un fuerte granizo estropeó las cosechas. Una tempestad de rayos se abatió en la meseta. El deslizamiento de una colina mató a varios y al amparo de estos hechos los tres Magos acentuaron su campaña de rumores malignos.

Wayna, feliz con su Sayri, recibió un día la consigna final: asestaría un golpe traidor al Jefe de Hombres en la nuca y lo despacharía a "Upa-marka", el país del silencio de donde nadie regresa. Wayna se asustó del cometido pero atado al juramento comprendió que debía realizarlo.

En la ceremonia nocturna, reunido el Conductor con los Amautas y los Consejeros pidió le dijeran qué sucedía. Habló primero el viejo Tupac, cargado de sabiduría:

—El pueblo está inquieto, tal vez descontento. No sé a qué atribuirlo pero el torrente de la sangre me dice que se aproximan grandes acontecimientos.

El Jefe de Hombres no le prestó mayor atención, pues no le agradaba el lenguaje sibilino del anciano.

Jake Chamac, jefe de los guerreros, añadió:

—Mis hombres están nerviosos porque hace tiempo que no guerrear. Déjame asolar la frontera de los Payas; volveremos con rico botín y prisioneras.

"Es un ambicioso -pensó el Conductor. A éste poco le importa lo que pueda ocurrirle al pueblo".

Siripaka fue más concreto:

—Advierto el temor en las caras de hombres y mujeres —manifestó—, alguien o algo los está asustando. Hay que averiguarlo.

Se levantó la reunión y poco después el Jefe de Hombres recibía secretamente a Katari. Este dio la evidencia de algo muy serio.

—Visité varias familias, y al entrar todos callaban. Supe de una reunión de los Tres Magos en la cual el Hacedor de Lluvia aseguró que habría una Lluvia Roja, y esto quiere decir que correrá mucha sangre. ¿Qué será?

El Jefe de Hombres despachó al informante. "Es un golpe contra mi poder —se dijo el Conductor; pero si soy el más fuerte, el pueblo me quiere y me teme: ¿qué podrían hacerme? Podría hacerlos empalar mas no puedo abusar de mi poder. Que se atrevan a rebelarse y entonces vendrá el castigo".

El evitaba encontrarse con la doncella. Volvió solo al peñón donde viera el fenómeno luminoso y con certera intuición, al sorprender dos nuevas apariciones fugaces del haz luminoso, comprendió que la Potencia de Arriba, la que concede la luz estaba a punto de volver al País de Altura. Una quinta visita del haz lumíneo a las tres de la madrugada, ahora más prolongada, confirmó sus sospechas. Dejó pasar dos noches, luego convocó al pueblo y lo llevó a la ribera del Lago. El ascendió solo al peñón, levantó los brazos al cielo y ejecutó extraños ritos: ¡invocaba a las Potencias Ocultas! La muchedumbre aguardaba en pavoroso silencio.

Transcurrió largo rato y bruscamente dos haces luminosos rasgaron el espacio. "¡Prodigio, prodigio!" —gritaba la multitud. Una luz vivísima partía la oscuridad en tres franjas y los dos rayos alumbraban intensamente el paisaje. Las gentes se apiñaban temerosas, deslumbradas. Duró poco pero cuando los haces luminosos desaparecieron, quedó una vaga claridad que llenó de gozo las almas.

La voz grave de Tupac, el amauta mayor, resonó vibrante:

—Es el Willka, el Padre de la Luz. Está anunciando que ha de volver a nosotros.

La multitud entonó himnos de júbilo.

Luego el Jefe de Hombres hizo un signo mandándoles disolverse y todos se alejaron.

Katari, el amauta menor, fogoso y agudo explicaba a una asamblea de notables el caso. "Es el Conductor —dijo— el que está realizando el prodigio. Tuvo largas meditaciones, horas de soledad concentrada. Hizo conjuros, invocó a los Poderes Ocultos y su magia le dio resultado. Yo lo ví, más de un amanecer, sobre el peñón del Puma invocando al Dios Desconsuelo, el que reina durante la ausencia del Willka. A él le debemos esa promesa anunciadora de que la Luz volverá".

Nadie se atrevió a contradecirlo. Y los tres jefes del Halcón Invisible comprendieron que, momentáneamente, el poder del Jefe de Hombres se fortalecía. Sería prudente aplazar los planes subversivos porque ahora el pueblo, unánime, respaldaba y admiraba a su caudillo.

Hasta la bella Sayri influía en el joven Wayna haciéndole vacilar en su antigua animadversión contra el Conductor.

—Severo es —argumentaba— pero justo. Ama al pueblo. Si te acercas a él te ayudará a subir.

Sayri nada sabía del Halcón Invisible ni de sus jefes, pensando que sólo por antipatía su prometido se alejaba del Jefe de Hombres.

Wayna dudaba: juramentado para derrocar al déspota (así lo calificaban los conspiradores) comenzaba a sentir una vaga admiración por sus actos. Y solía dormir mal atormentado por la duda: ¿era un déspota, era el Padre del Pueblo?

Fuése a un cerro próximo, conjuró al Wayra-Tata, el Padre Viento y el Padre Viento con sus extrañas y cambiantes corrientes de aire que se llevaban caprichosamente las hojas de coca que el joven arrojaba, le dio la respuesta:

—Wayna: acércate al Jefe de Hombres. Evita a los conspiradores. No ayudes a quitar la cabeza a la comunidad.

El joven ya no vaciló. Fue a visitar al Conductor y le confesó todo no sin asegurarse la clemencia del Caudillo para sus tres jefes. El Caudillo disolvió la sociedad secreta y a cada uno de sus jefes los envió a regiones muy distantes una de otra, quitándoles todo poder de acción conjunta. Pero cobró simpatía hacia Wayna y lo incorporó al servicio especial de donceles permitiéndole días y horas para que visitara a Sayri.

La claridad difusa aparecida el día del prodigio ya no abandonaba al pueblo. Todos los amaneceres encendida tenuemente el paisaje y se mantenía varios minutos hasta que la negrura de la noche volvía a ensombrecerlo todo. Los amautas explicaban que el Padre de la Luz estaba por volver y que esa claridad era el mejor anuncio de su retorno.

Sucedieron varias transformaciones: unas veces la luz era más clara, otras se opacaba, y hasta se vio que las franjas luminosas se irisaban en brillantes colores aunque fugaces. El pueblo esperaba ansioso.

Una noche, llevando sendas antorchas, el Jefe de Hombres y la doncella Kana-Wara se encaminaron al Peñón del Puma. Disimulando la alegría que le produjera su presencia, el Conductor sin mirarla como para evitar su hechizo, dijo lentamente:

—Tú fuiste la primera en advertir el regreso de la Luz. Estás elegida: eres maga, adivina, anuncias los días futuros. Entra al sueño profundo y di me qué ves.

El Caudillo conocía sus poderes mentales y los aplicaba con prudencia, porque no siempre le daban resultado eficaz. Pero con Kana Wara todo transcurrió fácilmente. Colocó los dos pulgares detrás del pabellón de las orejas de la doncella e imperiosamente ordenó:

—¡Duerme!

A poco Kana Wara mostraba un rostro angustiado y con voz entre cortada decía:

—... Veo una gran luz que ilumina el país y ya nunca nos dejará salvo por las noches ...Habrá un largo tiempo de paz, que te favorecerá. .. Y después, y después... tengo miedo, tengo miedo...el color rojo teñirá el paisaje, muerte y destrucción... Pero tú no lo verás, ni yo tampoco, porque habremos desaparecido antes que sobrevenga la Nube Roja...

El Jefe de Hombres, impaciente, ordenaba:

—No te hundas tan lejos. Dime cómo y cuándo llegará el Willka.

La joven movía sus miembros como presa de una tremenda emoción. Se contrajeron sus rasgos faciales y después de algunos instantes en los cuales parecía luchar con fuerzas ocultas, dijo quedadamente:

—Pronto, muy pronto... Congrega al pueblo... Dentro de dos Lunas... Sucederá el portento... Y tu poder crecerá irresistible... Veo una hermosa mujer a tu lado y tres niños...

—¡Basta! —ordenaba impetuoso el Caudillo. Eso no me interesa.

Volvió a colocar los pulgares detrás de las orejas de la doncella y con sólo su voz imperiosa ordenó:

—¡Despierta!

La joven volvió al dominio somático preguntando:

—Señor: ¿te he complacido, ya sabes algo?

—Sí —repuso el Conductor. Me has ayudado a rasgar la vestidura de los días futuros. Gracias.

Enseguida, cogiendo su mano en su diestra dijo:

—Siéntate aquí, a mi lado. Quiero absorber tus poderes mágicos, porque los tienes.

La doncella sin comprender sus palabras, se sentó junto al Caudillo. El Jefe de Hombres sentía a través del contacto táctil la fuerza poderosa y triunfante de la juventud de la muchacha. Instintivamente la fue acercando a sí. Y cuando estuvo tan cerca, tan cerca que el tumulto de sus pechos le enardeció la sangre, frotó su nariz contra la de la doncella, la mayor prueba de amor entre los habitantes del País de Altura.

Cuando el Siripaka, el consejero mayor fue consultado, repuso negativamente: "no hacer volver a los traidores. Su destierro sería de por vida. Son serpientes —expresó— que vivan y mueran lejos de ti".

Pero el Conductor insistía: que vinieran a conocer su triunfo, pues ya tenía en sus manos la manera de deslumbrar al pueblo con la reaparición del señor de Luz.

—Te estás ensoberbeciendo —proclamó el Siripaka. Nada ganarás con humillar a tus enemigos. Manténlos alejados.

Y el Caudillo siguió el consejo porque conocía que el consejero mayor aunaba la mucha sabiduría con la lealtad.

Después congregó a los Conocedores del Cielo y por la posición de las estrellas y otras circunstancias dedujo exactamente el día y la hora aproximada en los cuales volvería a lucir el Willka, el Padre Sol, tal como afirmaban las profecías.

Para ese día congregó al pueblo en torno al Peñón del Puma. Reinaba gran expectativa en la multitud a la cual mediante pregoneros el Jefe de Hombres tenía anunciado el retorno del Señor de Luz. Transcurrieron dos largas horas al cabo de las cuales y en medio de la ansiedad popular,

se produjo el fenómeno celeste. Un intenso rayo de luz partió la oscuridad en dos mitades. Luego nuevas franjas lumíneas siguieron rasgando las sombras. Primero tenue luego más firme brotó el esplendor de los colores. Se elevaron vítores de admiración. Y finalmente grandioso, fuerte, impactante Willka alumbró el escenario con dominio cromático como jamás habían visto los hijos del País de Altura. La multitud prorrumpió en gritos de júbilo hacia el dios manifestado y hacia el Jefe de Hombres que había provocado su regreso.

Desde ese instante fue cambiado el nombre de Peñón del Puma por Copakawana, o sea Mirador de la Piedra Preciosa, porque ella había sido la primera piedra tocada por la lengua de fuego del Señor de Luz.

Wayna vivía ya emparejado con Sayri. El Jefe de Hombres aunque visitaba de vez en cuando a Kana Wara no se animaba a tomar pareja con ella: le agradaba en exceso y no quería entregar ni su libertad ni su poder, aun sabiendo que la joven le consagraría su existencia.

Fue Jake-Chamak, el jefe de vigilantes que también administraba justicia, el que dio la nueva denuncia: los jefes depuestos del Halcón Invisible, aunque alejados entre sí, seguían conspirando, ahora con mayor lentitud, pero sus mensajes desquiciadores llegaban al centro del gobierno.

—¿Qué harías tu, jefe de vigilantes? —preguntó el Conductor.

—Les haría cortar la cabeza por su doble delito. Los perdonaste una vez y han reincidido.

El Jefe de Hombres sintió que la víbora de la crueldad picaba en su interior.

—Que vengan aquí —sentenció— y les daremos la sorpresa final.

El pueblo debe conocer un castigo ejemplar para que desaparezcan las sociedades secretas prohibidas por la ley —tenían dicho el Amauta Mayor y el Amauta Menor. El Siripaka era refractario a la crueldad pero también votó por el castigo, ignorando en qué consistiría.

El Jefe de Hombres los hizo conducir al Mirador de la Piedra Preciosa. Los interrogó uno por uno y ante el pueblo reunido abajo, los hizo despeñar, también uno por uno no sin antes cortarles manos y orejas como tributo al Willka. Así fue cómo perecieron el Hacedor de Lluvia, el Regulador del Fuego y el Apaciguador de Tormentas, por ambición y delito contra el Caudillo. No fue fácil sustituirlos porque su ciencia natural había sido aprendida y perfeccionada en largo tiempo, pero hasta que oficianes jóvenes se fueran adiestrando en las tres actividades, el Jefe de Hombres concentraba en su persona la magia seductora de los tres rebeldes y su poder se acrecentó en forma incontrastable.

Kana Wara no lo acogía con la efusión de antes. Se mostraba esquiva, como atemorizada, no podía esconder el sobresalto que le causaban sus caricias.

Herido en su orgullo varonil, admirado de que se le manifestara desagrado, el Jefe de Hombres la interrogó con dureza:

—¿Qué sucede, cómo te atreves a ofenderme con tus desvíos?

La joven lo miraba apenada sin proferir palabra.

Fue surgiendo la ira en el Conductor:

—Te ordené que no me tengas miedo. Dí qué te pasa. (Y luego amenazante, aunque sabía que no cumpliría la amenaza). ¿O quieres que te aleje y llame otra mujer?

La joven lo miró con profunda ternura:

—...Voy a tener un hijo tuyo... Y no quisiera que sea tan cruel... Cuando hiciste cortar las manos a los magos... Desde entonces no puedo dormir...

El Jefe de Hombres quedó pasmado. ¡Un hijo, tendría un hijo! De la hermosa y suave Kana Wara. Se arrodilló a su lado y hondamente emocionado dijo:

—Kana Wara, olvida lo pasado. No volverá a suceder. Ya no ejercitaré crueldad con nadie. Atemperaré los castigos. Desde hoy te tomo de pareja y no miraré a ninguna otra mujer.

Y así fue cómo la dulce Kana Wara ganó el corazón y la confianza del Caudillo.

Cuando el Señor de Luz iluminó al País de Altura se transformó la vida colectiva. Se ampliaron las cosechas, brotaron nuevos alimentos, el pueblo se nutría mejor, se atenuaron grandemente las tempestades, desapareció la bruma y hasta el frígido invierno fue menos hostil pues durante el día sus rayos ardorosos aminoraban los rigores del clima. Sobrevino una era de paz y felicidad.

El peregrinaje a la Piedra Preciosa se permitía solamente en las noches, cuando el Willka se escondía en la oscuridad. En riguroso orden jerárquico —primero los dignatarios, luego amautas, guerreros, los ancianos, los jóvenes y al último las mujeres— desfilaban ante el peñón, hacían sus conjuros silenciosos y le pedían mercedes. Dice la leyenda que la Piedra Preciosa rara vez negaba sus favores.

Muchos años después, cuando el Jefe de Hombres regía el País de Altura, algo fatigado, y la hermosa Kana Wara había emprendido el Último Viaje a Upamarca, el País del Silencio de donde nadie regresa, sus dos hijos Antara y Colpiwa fungían de Amautas. Pero el Caudillo no confiaba mucho en ellos porque tenían el carácter sereno de la madre. Carecían de fiereza para mandar. En cambio adoraba a su nieto Kollpani, mozo despierto, vigoroso, ágil, sobresaliente en artes físicas, en la lucha y con fuerte don de mando. "Este será mi sucesor —pensaba el anciano. Los otros dos pueden legislar pero nunca tendrán ascendiente sobre el pueblo". Y Kollpani crecía y se redondeaba hermoso y arrogante como la luna llena.

Llegó la mala época. Casi ya centenario el Jefe de Hombres que tanta ventura diera a su pueblo emprendió viaje a Upamarca dejando establecido que le sucediera su nieto Kollpani. Ni Antara ni Colpiwa, de natural bondadoso, pusieron reparo: el nieto sería el sucesor. En los primeros años no fue un gran conductor. Precipitado unas veces, otras desprevenido, confiaba más en la temeridad que en la prudencia. El primero en las pugnas atléticas, como su abuelo, dejaba que los Amautas legislaran y él sólo tomaba las grandes decisiones. Muy amado por el pueblo por su natural generoso y abierto, recelaban de su conducta dignatarios y consejeros.

—El tiempo bueno dura todavía —predecía ti el Gran Consejero Huyustani— pero cuando llegue el tiempo malo ¿sabrá responder?

Sus temores no tardaron en verse confirmados. Vino la sequía, las gentes padecieron hambre por las malas cosechas y encima se produjo la invasión de los chankas, pueblo guerrero de la costa, al País de Altura.

Audaz y enérgico Kollpani les salió al encuentro, venciendo en los primeros encuentros por el coraje conque encabezaba a su ejército. Pero después de los combates iniciales las tropas del Jefe de Hombres tuvieron que replegarse ante la superioridad numérica del enemigo. Eran muchos y el valor poco podía ante el despliegue masivo de los invasores.

Como era costumbre, terminado el combate ambos contendientes se entregaban al descanso, ignorando el arte de perseguir al derrotado. En uno de esos reposos transitorios de la lucha, el joven Caudillo consultó a los Amautas y a los Consejeros. Se produjeron discusiones, cambio de pareceres, hasta que Huyustani sentenció dirigiéndose a Kollpani:

—Valiente eres, has peleado bien. Tus hombres te quieren y te siguen, mas los costeños nos exceden en número y en armas. No te precipites en los combates. Usa la astucia y el engaño. Inventa nuevas tácticas. Más que la fuerza de tu brazo, ahora debes emplear la habilidad de tu mente.

El Caudillo resolvió acudir a los dioses. En el País de Altura la mayoría daba culto a Willka, Padre de la Luz, atribuyéndole todas las dichas y contrastes. Sin regatear lo debido al sol, al agua, a los árboles, a las piedras, al Padre Viento y otras deidades, Kollpani creía más profundamente en el dios de las montañas, el Pacha-Tata, creador del mundo. Y a él se dirigió en busca de oráculo propicio para proseguir la guerra.

Hízose acompañar por Kory-Lampu, la pareja de Katari III, el amauta menor que gozaba fama de vidente y transmisora de los designios de los Poderes Ocultos.

La mujer le gustaba, lo tentaba, pero el joven Caudillo era incapaz de traición. Su sangre rápida, tumultuosa, corría sólo en dirección de la defensa de su pueblo. Así fue cómo Conductor y lo vidente ascendieron el Monte Secular de las Interrogaciones. Encendieron una gran fogata en su cima y por las ondulaciones y el curso de las llamas que interpretaba con pasmosa habilidad, Kory-Lampu comunicó al Caudillo las advertencias del Pacha-Tata, el dios de las montañas:

—Divide tus gentes en cinco secciones. Esconde tres y sólo presenta dos al combate, pero no combatas encarnizada mente. Amaga un ataque y retírate antes que el grueso de los enemigos caiga sobre tus tropas. Así, primero los cansarás, luego, por sorpresa, harás que las tres secciones de reserva los sorprendan por la espalda. Aumenta el número de tus espías e informantes, para conocer exactamente la posición de los costeños. Camina en las sombras para sorprenderlos al amanecer. Sólo moviéndote mucho y por sorpresas constantes desconcertarás y vencerás a tu adversario. Ten confianza: después de muchos peligros arrojarás a los invasores y el País de Altura será salvo.

Contento volvió el Jefe de Hombres a su pueblo. No dijo a nadie lo ocurrido en el Monte Secular y para que la mujer olvidara lo sucedido la hizo dormir ordenándole borrar de su mente todo lo que vaticinara las llamas de la hoguera. Así aconteció.

Al despedirse Kory-Lampu dio a comprender con una sola mirada al joven Conductor que estaba dispuesta a entregársele. Kollpani resistió la nueva tentación: no debía engañar a Katari III ni entregarse a las impurezas de la carne cuando la defensa del pueblo le exigía absoluta concentración a sus deberes.

Aun tuvo que soportar varias retiradas no muy aiosas, pero cuando empezó a aplicar las advertencias del Dios de las Montañas, sus nuevas tácticas de atracción, engaño, sorpresas, y constante movilidad, lo que daba la sensación de disponer de fuerzas mucho mayores de las que en realidad disponía, Kollpani sembró la desconfianza en los costeños. Las batallas siguientes le fueron favorables. Ya no encabezaba sus huestes exponiéndose a perecer, sino dirigía como experto jefe de los ejércitos los movimientos de sus cinco grandes secciones a las cuales infundía su rapidez y decisión.

En el último combate, llamado de Amaru-Pampa —lugar de la serpiente porque era muy quebrado, disperso en quiebras y eminencias— Kollpani desconcertó totalmente a los costeños con movimientos de flanco, retiradas estratégicas, aparición sorpresiva de tropas en lugares inesperados y fosos preparados previamente en los cuales cayeron muchos de los invasores.

Cuando comprendió que la victoria final se inclinaba a su favor, se lanzó impetuoso a la pelea, buscó al Jefe Costeño y lo retó a combate. Este, guerrero intrépido, salió a la lidia. Cambiaron terribles golpes con sus porras, luego a puño limpio, finalmente lucharon con brazos y piernas hasta que en un esfuerzo sobrehumano el Jefe de Hombres abatió al Jefe Costeño.

Kollpani ordenó la persecución de los vencidos dispersos, los capturó y los redujo a la condición de labradores. Así terminó la invasión del País de los Chankas al País de Altura.

Menos duro o más sagaz que el abuelo Kollpani supo desarmar a envidiosos y convertir desafectos en apoyos. No tuvo que sufrir conspiraciones ni disturbios. El País de Altura andaba tranquilo bajo su mando.

Para manejar al pueblo, solía consultar al oráculo del Mirador de la Piedra Preciosa porque allí se había producido al gran prodigio del retorno del Señor de Luz en el cual todos creían y adoraban. Pero para manejarse a sí mismo, el joven Caudillo visitaba ocultamente al Pacha-Tata y con razón, porque después de todo, si Wilka, el dios de la Luz, había devuelto claridad y alegría a los hombres, fue el Pacha-Tata, encarnado en la piedra, el que pudo atraer al dios que disipó las brumas.

Un día el Jefe de Hombres sorprendió a su tío Colpiwa enamorando a Kory-Lampu. Los reprendió severamente. Y a la mujer le dijo con desprecio:

—Eres como las perras, buscando entregarte a varios.

La mujer con fingida humildad repuso:

—Señor, tú me has desdeñado...

—¿No estás emparejada con Katari III? Pues debes serle fiel.

Kory-Lampu lo miró con tristeza y contestó:

—Katari III es impotente. Yo necesito un hombre y quiero tener hijos.

La ley permitía que resultando estéril cualquiera de ambos, la pareja podía ser disuelta y cada cual elegir nueva compañía. Kollpani comprendió que la mujer tenía razón.

—Pero mi tío, el Katari, tiene su pareja.

—Se van a separar porque ella es como mi marido. El no es viejo (y desafiante); a mí me gusta.

Kollpani sintió que el gusanito de los celos se movía adentro. Deseaba a la guapa mujer y sabiendo que rompería su emparejamiento, la quería para sí. Mas su orgullo le impidió revelar sus sentimientos.

—Tienes razón —respondió. Busca el hombre que más te convenga.

Kory-Lampu, despechada, se fue llorando.

Pasó algún tiempo. Kollpani estaba en la flor de la edad y de la gloria. Naciones vecinas pedían su ayuda militar y sus consejos políticos. El Jefe de Hombres evitaba comprometer a su pueblo en aventuras bélicas y prefería el razonamiento para colaborar con los países vecinos. Su poder creció desmedidamente. Sus tácticas de estrategia lo encimaban sobre otros soberanos y guerreros. Kollpani joven, sano, fuerte, animoso era un semidiós.

Entonces llegó el hastío. ¿Para qué tanto poder, y la fama, el mando indiscutido, sin que nada alterara la marcha de sus días? El espíritu de aventuras no estaba muerto en su alma, necesitaba romper la monotonía de lo habitual, buscar nuevos incentivos para la imaginación siempre despierta y la voluntad deseosa de moverse siempre. Pero no aparecían ni causas ni incentivos: todo igual como el fluir del agua de los manantiales, apacible y monótona. Fué haciendo el vacío en el alma de Kollpani: ¿qué sentido tenía su vida?

Huyustani, que conocía el secreto de su doble culto al Pacha-Tata y al Willka, aconsejó: "pregunta a los oráculos, ellos te dirán lo que debes hacer".

Kollpani llamó a la vidente y ambos treparon al Monte Tutelar. Encendieron la hoguera que ardía en altas y extrañas llamaradas y después de intenso sufrimiento que se reflejaba en sus movimientos convulsos y en el rostro angustiado, Kory-Lampu, en trance, reveló al Caudillo:

—El Pacha-Tata dice que te estás consumiendo en las llamas de adentro... Que apesar de tus victorias y tu poderío, tu ciclo mejor recién ha de nacer... Te falta algo que no quieres ver... Pero el Monte Tutelar no puede darte la corriente de la nueva vida que fluye del torrente solar... Es allí donde oirás la voz de los Poderes Ocultos... Y tu vida cambiará, y el vacío desaparecerá de tu interior...

Aun pudo distraerse el Jefe de Hombres con ciertas remociones geográficas pedidas por las comunidades. Ayudó a rechazar un ataque a un país amigo. Dirigió los grandes festivales agrarios. Consagró a los jóvenes guerreros. Edificó un nuevo Templo para las Vírgenes del Willka. Se entretuvo levantando la fortaleza de Condoriri en la alta cordillera. Y otros menesteres lo tuvieron ocupado algún tiempo. Pero luego volvieron el hastío, la melancolía. Sintió la soledad que también hirió al abuelo. ¿A quién confiarse? Los Amautas eran demasiado sabios, los Consejeros demasiado graves. Hasta el Huyustani, que antes le daba útiles consejos, ahora envejecido veía poco y razonaba vacilante. Kollpani presentía, vagamente, que por su elevada posición, la majestad de su rango, no podía alternar jovialmente con otros. Mandaba a los hombres, podía disponer de las mujeres sin que los vínculos del sentimiento, de la amistad compartida lo ligaran a nadie. ¿Sería ese el motivo de su hastío?

Recordó la advertencia del oráculo de la Montaña: debía recurrir a la sabiduría del Mirador de la Piedra Preciosa, allí donde el Señor de Luz ilumina con sus rayos a las gentes.

Noche cerrada todavía se fue con la vidente al Gran Lago. Subieron al imponente peñón del culto solar. Veía de tiempo a la muchacha. La notaba triste, pensativa. Como aun faltaba para la madrugada le preguntó:

—¿Qué te pasa Kory-Lampu?

La joven lo miró apesadumbrada:

—Cuando terminemos de preguntar al oráculo quisiera que me des permiso para irme lejos de aquí...

El Caudillo se sobresaltó:

—¿Irte, irte tu? ¿Y por qué...? Y los oráculos... ¿quién me ayudará?

Kory-Lampu bajó los ojos y en voz suave repuso:

—Hay otras videntes. Tu sabrás hallar la mejor señor.

Confuso quedó el Jefe de Hombres.

—Te irás con mi tío —aventuró.

—Nada tengo con él. Me he separado del Catari. Estoy sola.

La muchacha se ruborizó, asomaron lágrimas a sus ojos:

—Porque tú no me quieres...

Kollpani se agitó de alegría, pero supo reprimir su emoción.

—Yo —dijo— yo...

En ese instante el primer rayo de sol rasgó las sombras. Willka, el dios de las claridades, exigía culto y reverencia. Quebróse el diálogo. El Conductor hizo dormir a la muchacha y se inició el rito oracular.

Los haces del sol brillaban fulminantes o tenues alternativamente, conforme las sombras eran violadas por el Willka, porque los amaneceres, en el Gran Lago, siempre eran precedidos por un combate entre las nubes y el Señor de Luz. Cuando la vidente hubo entrado en trance, el Caudillo que sostenía la cabeza de la joven entre sus manos, escuchó la voz de los Poderes Ocultos que esta vez se expresaban pausadamente, sosegadamente, sin atormentar a la vidente:

—"Señor: el Willka dice que tu soledad y tu tristeza pueden terminar... Hay una casa grande, muy grande que tú habitas; y otra muy pequeña que te aguarda... El País de Altura te necesita, por muchas, muchas lunas... Pero tú necesitas tu propia morada, donde alguien te quiera no por tu poderío, sino por tu sola simpatía y encanto... Donde puedas refugiarte del mundo y concentrarte en tu pareja... El hombre se realiza en la mujer, en el hogar, tú has creído, hasta hoy, solamente en la política, en la guerra, en el mando... Te faltan ternura y comprensión: ¿quién podría dártelas sino tu pareja, la mujer que los dioses reservaron para hacer más llevadera la dura vida del varón...? El poder te está destruyendo, no tienes en quién confiar, con quién hablar... Con sus reflejos cambiantes y vivísimos dice el Señor de Luz que busques compañía... Y el Mirador de la Piedra Preciosa que nos devuelve esos juegos luminosos manda que rompas tu soledad y emparejes. Esa es la Ley..."

Kollpani era desconfiado, solía dudar de los oráculos. Creyó que la vidente no estaba del todo dormida y que fingía revelar aquello que su propio deseo le sugería. La joven seguía hilvanando el tema: romper la soledad, emparejarse... El Jefe de Hombres se inclinó ante el cuerpo de la doncella. Sintió su respiración anhelante. El faldellín, entreabierto, dejó ver los hermosos y redondos muslos. Las caderas rotundas se insinuaban armoniosas. Y el alto pecho se movía con rítmica regularidad. No, no fingía. Puso la mano sobre la fina piel de la joven y ella no se movió, seguía insensible. Instintivamente, casi sin darse cuenta el Conductor acariciaba el cuerpo firme de Kory-Lampu absorbiendo su cálido vibrar. Y de pronto comprendió que ella era la pareja que le estaba destinada: juntando carne con carne, mente con mente, harían bellos los días, placenteras las noches. Y se reproducirían sus cuerpos sanos, fuertes, bellos en otros seres como ellos perfectos y triunfantes...

La muchacha seguía hablando en trance y ahora su cuerpo se agitaba medroso: "¡Oh mi Señor! Se acercan malos tiempos... Seremos invadidos, morirán muchos... Tú vencerás pero pasaremos muchas penurias... Habrán peligros, trastornos, enfermedades... El Willka, enojado, nos negará su luz... Temblará la tierra y el Pacha-Tata arruinará las cosechas... Pero todo será superado, el País de Altura extenderá sus dominios, se engrandecerá tu fama... Una joven te acompañará muchas lunas, después te dejará nuevamente solitario... Y tú saldrás de los peligros más fuerte, más grande... Te veo rodeado de unos pequeños que te darán mucha alegría y también mucho dolor porque serán fuertes, altivos, rebeldes y como tu no aceptarán yugo ni siquiera el paterno..."

Kollpani ya sabía demasiado, no quiso saber más. Despertó a la doncella y ahí mismo sobre la Peña Sagrada, con pleno asentimiento de la moza que lo contemplaba arrobada la convirtió en su pareja para siempre.

Huyustani, dos lunas más tarde confiaba sus temores al Jefe de Hombres:

—Las predicciones del oráculo se aproximan. Los costeños han hecho alianza con los de la Meseta Media y nos atacarán.

El Caudillo respondió con orgullo:

—No temas. Todas las previsiones están tomadas. El País de Altura vencerá. Los ahuyentaremos.

Pero la predicción no se cumplió. Detrás de los costeños y los mesetiles bullían otros pueblos atacantes y los del País de Altura se vieron divididos teniendo que luchar en frentes de combate aislados. Kollpani tenía capitanes valerosos pero no podía estar en todas partes: reconstituía una zona y al punto se desmoronaba la otra. Entonces el Conductor dispuso el éxodo del pueblo a la alta Cordillera y se parapetó en sus altas breñas infranqueables.

Transcurrieron muchas lunas antes que Kollpani, con tácticas rápidas de ataque sorpresivo y fuga, llegó a cansar a los invasores que abandonaron el País de Altura retornando a sus lares. Tan hábil político como buen guerrero, el Jefe de Hombres ofreció condiciones de paz y de economía compartida a mesetiles y costeños. Organizó el Gran Consejo de Nobles al que incorporó a los Conductores de los pueblos vecinos. Así surgió el imperio andino que en ese tiempo se llamó "El Pacto de los Dos Reinos del Sol y de los Montes", porque unos creían en el Padre Willka, el vivificador, el que da la luz, y otros en el Pacha-Rurac, el suelo creador, el sustentador de pueblos y naciones.

Hábil gobernante Kollpani concedió igualdad de atributos y funciones a los Conductores de los países confederados, pero como era sagaz en sus decisiones y rápido en el obrar los restantes caudillos solícitos buscaban su consejo y su guía.

Enfrentó sequías, terremotos, hambruna, inundaciones que asolaron los campos aledaños al Gran Lago que cambiaba de perímetro. Visitó la costa y organizó mejores sistemas agrarios. Pasó a las mesetas donde fundó escuelas de guerreros y enseñó su estrategia de la continua movilidad, de manera que cuando lejanos pueblos de la llanura trataron de invadir a los países confederados, fueron fácilmente rechazados porque el imperio contaba con huestes sólidamente organizadas, bien repartidas por todos los confines, con un poder de traslación que contrastaba con los movimientos lentos y cautelosos de las masas agresoras.

Kollpani presidió muchas lunas de paz, de orden, de sabia administración colectiva. Dícese que bajo su previsión mejoraron los sistemas de regadío, la distribución de alimentos se hizo más justa para todos, y el Estado, dueño de las tierras, dávalas en explotación a los runas u hombres del pueblo estimulando la mayor producción con beneficios adecuados para los de mejor rendimiento. Hizo construir grandes caminos para articular los países confederados. Levantó templos al Sol y a la Montaña. Sus Amautas escudriñaban el mundo de arriba y por el examen de sus luces fulgurantes y la marcha de las constelaciones, regían el curso del mundo de abajo. Se ignora si ese primer imperio andino conoció el alfabeto y la escritura porque no quedan testimonios al respecto, pero sí refiere la tradición que tenían escuelas de conducta y practicaban enseñanza oral de los conocimientos prácticos y usos habituales. Empleando la doble arma del rigor en los casos extremos y de una estricta justicia en la guía de los hombres, Kollpani alcanzó el título de Mallku-Kaphaj, cóndor poderoso, porque dicen que su inteligencia y su voluntad desplegaron las alas cerniéndose sobre todo el imperio.

Sus hijos Kala Nayra y Torpani, amante del mando y de la guerra el primero, inclinado a los cantos, las danzas y las representaciones mímicas el segundo, eran el regalo de Kory-Lampu. "Cuando nosotros viajemos a Upamarca, —el País del Silencio, de donde nadie regresa— pensaba la madre, el imperio no se dividirá porque sólo uno de mis hijos quiere mandar y el otro sólo se interesa por las artes. Por lo demás los hermanos se amaban entrañablemente.

El centro del imperio seguía siendo la extensa ribera del Gran Lago, y el gran peñón donde por primera vez apareciera el Señor de Luz, merecía la adoración del País de Altura y de las otras naciones confederadas.

Kollpani y Kory-Lampu andaban por la flor de la edad, entraban apenas a la madurez, todavía jóvenes de aspecto, fuertes, sanos, cada día más unidos por el amor y la mutua comprensión.

Una mañana seguidos por un cortejo de dignatarios y amigos ambos se dirigieron al Mirador de la Piedra Preciosa. Pidieron al cortejo que permaneciera en la ribera del lago y la pareja se encaminó sola hacia el Peñón Sagrado. Los vieron subir a él e iniciar los ritos habituales. Las gentes del cortejo estaban a regular distancia de los soberanos. De pronto se levantó una tempestad furiosa en el Gran Lago que hizo retroceder asustada a la muchedumbre. Algunos valientes, mojados pero intrépidos alcanzaron a ver que las aguas cubrían la peña sacra. Los Poderes Ocultos enviaron rayos y relámpagos. Rugía el cielo con tremendos ruidos. El oleaje bramaba con estrépito. Fue una tormenta corta pero intensa y cuando la tempestad pasó, como ocurre en el Ande milenario, y el sol volvió a lucir radiante disipados los vapores de la tormenta, el Peñón Sagrado relucía impávido y severo.

Nunca se supo lo que realmente aconteció. Amautas y adivinos dividían criterios: para unos se los llevó el Willka, el Padre Sol que a ellos se reveló primero; para otros los llamó el Gran Lago que los arrebató en sus olas.

Y una tercera leyenda refiere que durante la "tempestad el Peñón Sagrado se abrió y absorbió al Jefe de Hombres y a su consorte. Por eso Kollpani y Kory-Lampu son los genios tutelares del Gran Lago y esos celajes hermosísimos que a la hora crepuscular encienden las aguas y el lejano horizonte, trasuntan el diálogo interminable de la pareja imperial que convirtió al País de Altura en cabeza de naciones.

Y dicen que el Mirador de la Piedra Preciosa —Copakawana— es un "samiri", un descansadero mágico, porque toda pareja que posa sus pies en la Peña Sacra y absorbe los efluvios vivificantes de la piedra consagrada por el Señor de Luz — el Willka legendario, el sol de nuestros días — vivirá muchos años en armonía inalterable. Porque el monte, el lago, el sol, los árboles, las piedras, todos los accidentes del genio telúrico se entrecruzan en Copakawana para guiar a las criaturas elegidas por la senda de la felicidad que no conoce término.

II.- DE LA CATÓLICA VERSIÓN

Su Señoría el Corregidor don Joseph Maidana y Sotomayor, tan amado por unos como temido por otros, soportaba los vaivenes de la calesa que lo transportaba por los duros caminos del altiplano. Había hecho venir de España dos calesas, una para ser usada en la ciudad y otra en sus recorridos por la meseta, porque el descenso al hoyo secular era tan áspero y peligroso que solía quebrar los remos de los caballos.

Su Señoría viajaba al pueblecito de Copacabana, una comunidad con algunas casas de afincados, cuyos predios proveían de víveres, frutas y cestería a la ciudad.

El camino era malo como todas las rutas coloniales. ¿Sería verdad que los kollas y los incas tenían buenos caminos? ¡Bah! Si no conocían la rueda ni poseían vehículos; serían buenos para las llamas, su único medio de locomoción, y para transitarlos a pie. Entregado a sus meditaciones el señor Corregidor, solo en su calesa que custodiaban seis guardias, mecía huesos y pensamientos al par.

Acababa de transmontar el medio siglo — comenzaba la vejez ciertamente — y se sentía cansado. No porque sus deberes fuesen muchos ni pesados, sino porque las intrigas y disensiones entre los principales funcionarios, los vecinos de rango, la clase mestiza y las comunidades de indios provocaban constantes conflictos que él debía resolver por mandato de la Corona. Claro que contaba con un Consejo de Notables que lo asesoraba, hombres cautos, desconfiados; respaldaban sus decisiones mas hurtaban el cuerpo cuando había que dar cara a medidas enérgicas, y sin energía ¿pueden marchar las sociedades humanas? Tres años al mando de la villa le sacaron más canas que días contaba. No contaría la villa con más de quince mil habitantes pero estos suscitaban cien mil pleitos, enconos y problemas. Corregidor de la ilustre Villa de Nuestra Señora de La Paz... ¡pero si en ella todo era guerra, pependencias, envidia, malpasar de unos contra otros! Nadie lo ayudaba. El Justicia Mayor, el Jefe Militar, la Autoridad Eclesiástica, el Recaudador de Impuestos constituían, con sus gentes, pequeños feudos que rivalizaban sin cesar. Luego cada vecino notable pugnaba contra sus iguales —¡qué rencores y disputas por los sitios en las ceremonias oficiales!— y las querellas recíprocas no terminaban nunca. Su Señoría era recto y justo (o creía serlo): protegía a los nativos como mandan las Leyes de Indias, daba razón a los mestizos cuando era de justicia, frenaba sagazmente a los pudientes y entre éstos se alzaba la mayor resistencia a su autoridad, acostumbrados como estaban a imponer su voluntad en anteriores administraciones. El señor Corregidor no era creyente. Imbuído de las ideas renovadoras que bajaban de Europa, él se solazaba en las corrientes científicas y racionalistas. El hombre es su propia hechura, el progreso ilimitado, la razón humana, victoriosa, la única que debe regir las ideas y las acciones del ser civilizado. ¿La religión? Resabios del medioevo, cosa de monjas y curas, majadería... Pero tenía que aparentar ser buen católico, porque los servidores de Su Majestad y los conductores del pueblo deben demostrar que tienen la protección divina. Iba a misa y asistía a todas las ceremonias rituales del culto, para dar ejemplo de religiosidad. En el fondo era un perfecto ateo, que respetaba las creencias ajenas y simulaba seguir la fe cristiana. Ahora mismo ¿por qué viajaba a Copacabana? Había estado más de una vez en el pueblito, a orillas del Lago Titikaka, porque el paraje lo atraía por su quieta armonía y su belleza natural, pero se hacía tan largo y penoso llegar a él que no era placentero el trayecto. ¿Qué sería eso de que una imagen de la Santísima Virgen hacía milagros? Estos indígenas eran fanáticos, ayer adorando a los cerros y al sol, hoy devotos de santos e imágenes del culto cristiano. ¡Pobres gentes! Tenía que llegar al pueblito y verificar la noticia. Si se trataba de una impostura, impondría multa y castigo al impostor. Si las gentes creían en los milagros ¡allá ellas! La autoridad debía sancionar con su presencia el suceso.

Tenía parientes en Madrid, confiaba ser elevado a Gobernador, pero el nombramiento no llegaba. Tardaban tanto las decisiones imperiales en llegar a la villa lejanísima hundida entre montañas. ..Todo conspiraba en su contra: como no era la suprema autoridad sino sólo su ocasional reemplazante, carecía de facultades para imponer sus planes de reforma: lo combatían y lo frenaban en toda iniciativa el Obispo, el Juez Mayor, el Jefe Militar, el Oidor Real, el Consejo de Notables presintiendo que su fuerte voluntad, si fuera encumbrado a la Gobernación, los dominaría a todos. No lo dejaban desenvolverse guardando siempre las formas de la más sutil cortesía. Era, en el fondo, un prisionero de las circunstancias.

Un brusco vaivén, y de pronto la calesa se inmovilizó semivolteada en el camino.

Su Señoría salió vociferando del vehículo:

—¿Qué pasa, imbécil, ya no sabes conducir?

El auriga, humillado, explicaba:

—Excelencia: la rueda izquierda andaba debilitada. Ya se lo dije. Usted no autorizó la compostura. Se ha quebrado.

Su Señoría maldijo a cuanto ser humano o diabólico le vino a los labios.

—¿Podrás reparar la rueda o tendremos que pernoctar aquí?

El hombre lo miró temeroso:

—No tengo herramientas, faltan muchas leguas para llegar al pueblo. ¿Qué se puede hacer?

El Corregidor miró iracundo al auriga: ¿por qué no? escucharía su consejo antes de partir de La Paz. Rabioso ordenó.

—Anda al pueblo a pedir auxilio, tráete un cerrajero que arregle la rueda. El ayudante se quedará conmigo si debo pernoctar aquí. Son las tres, si te apuras, tal vez puedas volver en pocas horas.

El indio se alejó a buen paso. El otro, el ayudante, era tan humilde, parecía tan zongo, que el Corregidor no se dignó dirigirle la palabra. Los caballos pacían tranquilamente contentos por el inesperado descanso.

Llegó la noche y Su Excelencia sintió los venablos del frío.

—Busca leña y enciende una fogata —dijo al ayudante.

Este volvió al poco rato con su buena carga de leños. Frotó dos piedras y encendió el fuego. Don Joseph Maidana y Sotomayor se sintió reanimado por el calor de las llamas. Guardaba provisiones en un cesto y un vino español. Comió y bebió con avidez, limitándose a arrojar una presa fría de pollo al ayudante. Este lo observaba atentamente mas su mirar plácido no traslucía su pensar.

Contemplando la llamarada de la hoguera el señor Corregidor meditaba en su promisorio futuro. Sabía que su nombre figuraba en la eterna elevada a Su Majestad: podía llegar a ser Gobernador de la ínclita ciudad de La Paz. Se ganaría el respaldo del Oidor Real don Marcial Benítez y Ondegardo, del Juez Mayor don Vicente Castro Perales. Le faltaba sólo obtener la venia de Su Ilustrísima el obispo Magisto —en Copacabana ya urdiría algo para halagar al eclesiástico—

y tenía, además, de su parte al comandante Vandenberg, jefe de las milicias reales. Bien sabía, él, que muchas veces la Corona mandaba de España los nuevos funcionarios, pero esta vez había solicitado la terna colonial y esto abría grandes esperanzas a su ambición. Soltero y esquivo a las aventuras fáciles —su reputación ante todo— don Joseph Maidana y Sotomayor soñaba arrebatarse su mujer, doña Marinela, al Oidor Real. Eso lo dejaría para más tarde, cuando fuera Gobernador pues necesitaba del apoyo de aquel. Pícaro y afortunado don Marcial: tenía una mujer joven, linda y atrayente, y se regodeaba también en los encantos de la mulata Juana del Carpio. Mujer y amante, ambas tentadoras. Estaba decidido: más tarde, cuando empuñara la vara de Gobernador, haría de doña Marinela su amante. Era tan seductora la mujer.

Casi al amanecer llegó el auxilio esperado. Montado en mula patifina el Corregidor entró al pueblecillo sin que el habitual cortejo saliera a recibirlo.

De pronto repicaron las campanas de la Capilla de Copacabana (aun no estaba construido el templo). El señor Corregidor tuvo que interrumpir la absorción del fructuoso chocolate que le devolvía energías y se asomó al portal: estaba llegando el Obispo, el Ilustrísimo señor don Pedro Manzanares Magisto, acompañado por el sacerdote don Nicanor, el párroco de Copacabana don Ramiro, y seis sirvientes, negro uno de ellos. Mascando rabias don Joseph comprendió que el prelado venía a disputarle primacías en el pueblito. Si había milagros, había que entronizar los hechos, dar categoría mayor al vecindario y a la parroquia, y, lógicamente, que todo ello redundara en mayor pompa y esplendor de la Iglesia. La autoridad civil tenía otros menesteres que cumplir.

El encuentro no fue ciertamente cordial.

—Supe que tuvisteis un accidente. ¿Estáis bien? Os suponía en el corregimiento... —dijo con sorna el Obispo.

—Estoy aquí porque todo lo que interesa a los vecindarios es de mi incumbencia, señor Obispo —repuso amoscado el Corregidor. Y vos ¿cómo os habéis incomodado hasta llegar a este lugarejo?

—El servicio de la Iglesia obliga a cualquier sacrificio. Se han producido cosas que debo esclarecer y obrar conforme a lo aconsejado.

Don Joseph miraba socarrón al prelado.

—Cuidad que el beaterío y las comadres no ofusquen vuestro sano juicio —anotó. Todo ese chismorreo de milagros no es creíble. Bien sabéis que Dios no hace milagros todos los días.

—Tampoco yo creo en ellos; soy como Santo Tomás: ver para creer. Pero si la bondad divina lo hubiera dispuesto, certificaré lo obrado y tomaré las medidas adecuadas.

Al recibir el primer disparo de mosquete, el señor Corregidor respondió con el suyo:

—Haya o no haya milagros yo también tomaré mis previsiones. Si la autoridad eclesiástica tiene vela en este entierro, la autoridad civil tiene que interesarse que no haya engaños ni matufias para los pobladores.

En Copacabana existían cinco hacendados con sendas propiedades y muchos indios. El pueblecillo, mísero, sólo contaba con una capilla, una plazoleta desmantelada, algunas tiendas y casas y rancheríos de mestizos e indígenas. Pero los afincados poseían sus propias capillas, mansiones confortables, y modestos jardines. Uno de ellos alojó a Su Ilustrísima y otro al señor Corregidor.

Cobrado el necesario reposo se verificó en la plazoleta, donde se había colocado un sencillito estrado y ante una mesa sobre la cual lucía un crucifijo de marfil, la sesión solemne

presidida por Su Ilustrísima. "Si hubiera sido ya Gobernador, presidiría yo" —pensaba melancólico don Joseph Maidana y Sotomayor- pero siendo el Obispo de mayor jerarquía que un simple Corregidor le tocaba presidir el acto.

A punto de iniciarse la sesión, arribó una comitiva de La Paz. Eran el Juez Mayor don Vicente Castro Perales, su mujer doña Lucía y su hija Rosario. Luego el prestamista Vallejos. Y el Oidor Real con su mujer doña Marinela. Venía también Federico, el sobrino del Corregidor. (El muy tunante —se dijo don Joseph— pensará sacarme más dinero para dilapidarlo en el juego. No se lo daré).

Todos aparentaban estar pacientes, sosegados. Bruscamente a don Joseph le dio un sobre- salta: había sorprendido un cruce de miradas significativas entre doña Marinela y su sobrino Federico. "Habrás visto desgraciado: lo echaré de casa".

Desfilaron los vecinos y después de prestar juramento sobre una Biblia, atestiguaron los sucesos.

—Mi hijita estaba ya muerta, verdaderamente muerta. Oré fervorosamente a la Virgencita de Copacabana y aquí, señores, está sana y salva.

Presentados los testigos correspondientes siguió el acto.

—El árbol, corpulento, estaba cayendo ya sobre mi esposo, dí un grito de espanto e invoqué el amparo de la Virgencita, y el árbol, como si una mano invisible lo moviera en el aire, desvió de súbito su trayectoria. Lo han visto mis cuatro hijos, mi cuñada y el boticario. Los testigos citados testimoniaron la veracidad del relato.

—Señor Obispo —aseguró el tercer vecino. Soy un pobre indio. Trabajo en la hacienda del señor Menéndez. Era tuerto de nacimiento, miraba sólo con el ojo izquierdo. Seguí una novena a la Virgen de Copacabana pidiéndole que me hiciera el milagro de ver con el otro ojo y me lo ha concedido. Es la Mamita de Copacabana que jamás abandona a los que creen en ella. También este milagro fue subrayado por testigos oculares.

Don Joseph miraba y escuchaba impávido: "sugestiones, imaginaciones, hechos naturales o casuales que se toman por milagros" —pensaba irritado de no ser tomado en cuenta en primer lugar. ¡Vaya si le hacía sombra el señor Obispo con sus dos papadas y su opulenta humanidad!

Prosiguieron las declaraciones. Pasaban de cincuenta los milagros, varios de ellos expuestos, por personas de absoluta probidad.

Su Ilustrísima al terminar las deposiciones de los testigos, pareció sumirse en profunda meditación. Después de largos minutos de silencio en los cuales — así lo creyó el vulgo— recibía la inspiración del Cielo, sentenciaba solemnemente:

—Hemos escuchado con asombro todo lo atestiguado por el vecindario. Ello se suma a otros casos aislados también de irrefutable verdad. He aquí, obedeciendo al Mandato Divino, mi diócesis decide convertir esta humilde parroquia, escogida por la Madre del Señor, en Santuario de Nuestra Señora de Copacabana. Elevaremos aquí un templo, una verdadera fábrica arquitectónica que responda a la majestad de los sagrados hechos producidos. Y no dudo —profetizó con gesto imponente— que a corto tiempo el nuevo templo se convertirá en Basílica por el fervor de los creyentes, las contribuciones de los fieles y la final decisión de esta diócesis.

El público aplaudió entusiasmado. Los cinco afincados ofrecieron sendos donativos y rápidamente todos se trasladaron a un solar para poner la primera piedra del nuevo templo.

¿Qué podía hacer el señor Corregidor para colocar la autoridad civil al nivel de la autoridad eclesiástica que se había ganado la admiración del vecindario?

Pensólo bien don Joseph Maidana y Sotomayor. Colocada la piedra fundamental —"Ainoka" se repetía el alarife al colocar la piedra— el Corregidor pedía la palabra.

—Ilustrísimo señor Obispo, autoridades, señores, señoras: El Corregimiento de La Paz no puede permanecer insensible ante esta ola de fervor católico. Deseoso de contribuir al esplendor de esta fiesta religiosa, que para mí es también fiesta civil porque atañe al bienestar de toda la población, declaro que dotaremos a Copacabana de una pila y árboles y bancos a esta plaza, así como estableceremos una Notaría Pública para que los vecinos llenen sus deberes ciudadanos sin necesidad de trasladarse a La Paz.

Una salva de aplausos coronó el discurso del señor Corregidor.

El señor Obispo movía mecánicamente y sin mucho entusiasmo las palmas.

Rosario, la hija del Juez Mayor, se bebía los vientos por el apuesto doncel Federico, el sobrino del señor Corregidor. Pero en el almuerzo el joven que se había dado mañas para ubicarse junto a doña Marinela, no reparaba siquiera en la doncella. El Obispo y el Corregidor cambiaban recíprocos halagos por sus respectivas actuaciones. El sacerdote don Nicanor aconsejaba al párroco del lugar don Ramiro. El Juez Mayor conversaba con el prestamista Vallejos. Y doña Lucía, la mujer del juez mayor, empezaba mentalmente una novena. Reinó gran animación en el festín. A las seis de la tarde, devorados corderos y capones todos se retiraron a los lugares de hospedaje. Al día siguiente volvían a La Paz.

Pasaron algunos años. El templo de Copacabana crecía lentamente. Don Joseph Maidana y Sotomayor, Gobernador de La Paz, era también el amante escondido de doña Marinela. Federico había casado con la cándida Rosario. El Obispo Magisto mantenía buenas relaciones con el señor Gobernador, apenas turbadas por jugadas submarinas en recíproca contra que ambos disimulaban para no perder el equilibrio entre iglesia y poder civil.

La imagen de la Virgen de Copacabana, tomada de otra de la Virgen de Guadalupe, ornaba la capillita en espera de ser trasladada al nuevo templo en construcción.

Cierto día se presentó al señor Obispo un indio prestigioso de la comarca —se llamaba Tito Yupanqui— pidiendo autorización para modelar una escultura mariana porque —aseguraba— la Santísima Señora se le había aparecido en sueños ordenándole esculpir una nueva representación suya que debía sustituir a la de Guadalupe.

El Obispo Magisto concedió de buena gana el permiso. Fuese alborozado Tito Yupanqui e inició su obra con grande entusiasmo. Presentó tres modelos distintos al señor Obispo y al clero pero los tres fueron rechazados por la medianía del trabajo artístico.

—Hijo, todavía tienes mucho que aprender —díjole en tono zumbón el Obispo devolviendo las imágenes que a su juicio no eran dignas del culto popular ni de la majestad de la Madre del Señor.

Profundamente descorazonado, Tito Yupanqui pensó abandonar sus actividades de pintor y de escultor. El Obispo y los clérigos seguramente tenían razón: no servía como artista.

Ocurrió un caso curioso. Cuando la Virgencita fue prestada a otro paraje, suspendió los milagros: ni uno solo. En cambio, restituida a la capillita de Copacabana volvió a realizarlos aunque espaciadamente.

Más sucedió que otra noche cuando más se lamentaba de su desventura, Tito Yupanqui volvió a soñar que se le aparecía la Virgen y le ordenaba no desmayar ni abandonar la empresa por muchas dificultades que se le ofrecieran. "Me modelarás así como ahora me ves —dijole en la visión onírica— fijaré en tu mente mi imagen y ella será entronizada en el Santuario de Copacabana, que así se llamará el nuevo Templo a mí consagrado".

Púsose Tito Yupanqui con gran intensidad a reconstituir la imagen entrevista en el sueño. Luego de algunos ensayos, como si la augusta señora quisiera poner a prueba su lealtad y su constancia, en una sola noche brotó de sus manos la maravillosa imagen que aun se venera en el santuario.

Día de gran fiesta sucedió en Copacabana cuando la bellísima escultura fue entronizada en el nuevo Templo. Todos quedaban absortos al contemplarla. Así la describe Fray Rafael Sans, muchos años después, al ser consagrado en Basílica el Templo: "sus ojos y facciones al par que infunden respeto, conmueven el alma, hacen palpar el corazón de cuantos la miran, arrancan dulces lágrimas de los devotos y ablandan los endurecidos pechos de los mismos incrédulos. Pues así se admira que los ojos de la Santa Madre, sin ser de vidrio, son tan hermosos que no se dejan mirar; parece más bien que miran a cada uno en lo más secreto de su corazón; el Niño en sus brazos tiene una expresión tan tierna y una fisonomía tan risueña que invitan al más santo amor. Se siente la atracción de ese divino imán, aunque pocos pueden explicar las dulces y conmoventes expresiones que a todos causa su rostro maternal".

La primitiva imagen fue llevada a un altar lateral y la nueva ocupó el centro del Santuario. Desde entonces fue engalanándose con los ropajes, joyas valiosas y donativos que muchas generaciones de creyentes le harían, favorecidos por su bondad. Y es fama que, desde la aparición de la escultura de Tito Yupanqui, se redoblaron los milagros de la Virgen de Copacabana, reina y señora de los corazones católicos. La "Mamita" de las clases populares.

En La Paz aumentaban constantemente los devotos de la Santa Madre de Dios, que no sólo en las clásicas romerías tradicionales, sino en viajes individuales e incómodos se trasladaban al Santuario para impetrar favores de la Augusta Señora.

Un día don Joseph Maidana y Sotomayor tuvo el mayor disgusto de su vida. Doña Marinela, que permanecía bella y tentadora, le comunicó que la Virgen, en sueños, le había mandado romper los lazos adúlteros con el Gobernador y que hiciera penitencia por sus pecados.

Anonadado quedó el dignatario. ¿La Virgen? Pamplinas. Alguna amiga oficiosa, algún curioso trasnochador lo habría sorprendido. Pero él era muy cuidadoso de la honra de la dama y de la propia; sólo la visitaba en ocasión de las frecuentes visitas del Juez Mayor a las provincias. Nadie, en la ciudad, sospechaba de sus amoríos. Doña Marinela era tímida, muy celosa del qué dirán y sorprendido su escondido idilio, venía inventando, al principio, aquello de que la Virgen le ordenaba cortarlo. Pero luego se sintió conmovida por un llamado interior: debía enmendarse.

Inútiles fueron los ruegos del maduro galán. La dama se negó a escucharlo después de una última entrevista. Supo don Joseph que la señora viajaría a Copacabana, probablemente a visitar el Santuario y pensó que esa sería la ocasión propicia para tentar una reconciliación.

Difundiendo rumores de irse a otro lugar, viajó a la península lacustre. Ardiendo en ira y en despechos, mas disimulándolos, el señor Corregidor se propuso rendir los escrúpulos de la mujer del Juez Mayor.

Dos veces que ingresó al Templo, en la madrugada, había pocos fieles dispersos en el recinto. Se acercó a doña Marinela pero ella hizo oídos sordos a sus palabras. Rezaba con fervor mirando triste y desesperada a la Santa Imagen. Don Joseph se sorprendió: eran evidentes su aflicción y las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Comprendió que aun le quedaban algunos días —la señora asistía a la novena de prealborada— y al fin quebraría su resistencia a escucharle.

El pueblo no estaba enterado de la llegada del señor Gobernador, pues durante el día éste se refugiaba en la finca de un señorón, su amigo, y bien embozado entraba al Templo cuando aun los tintes de la aurora no incendiaban el filo de los cerros.

Fuese pues don Joseph, el octavo día, todavía en sombras el paisaje. Ingresó al Templo y distinguiendo a la dama se arrodilló a su lado.

—Encanto y señora mía — díjole con quejumbroso acento. ¿No veis que estoy penando por vuestra causa? Dejadme veros una vez más, sólo una vez y apagareis el fuego que me consume. Os lo ruego, no seáis inhumana, me está matando vuestra ausencia.

La dama seguía rezando y vertía lágrimas sinceras de arrepentimiento. De pronto se volvió al dignatario y con voz trémula le dijo:

—Mirad a la Sagrada Imagen. Si resistís unos minutos su mirada os concederé la entrevista.

Don Joseph, brincándole el corazón en el pecho alzó los ojos a la escultura de Tito Yupanqui seguro de poder resistir no minutos, sino horas a la imagen inerte de la Santa Virgen.

Ateo por convicción, no por maldad, hombre de rectos principios sólo vulnerados por su amor ilícito a doña Marinela, influido por los filósofos europeos y su librepensamiento, el Gobernador clavó la vista en la Santa Imagen. Era, sí una hermosa escultura, y revestida con todas sus galas y sus joyas, daba una impresión de majestad al espectador. Pero a don Joseph que viera incommovible tantas imágenes en los templos matritenses, poco podría impresionarlo esta "Mamita" de Copacabana que deslumbraba a los creyentes.

Al primer enfoque visual sólo abarcó el brillo y suntuosidad del altar. Allí, en lo alto, la bellísima efigie lucía en todo su esplendor. "Cuán sabia es la Iglesia —pensaba el señor don Joseph— cómo sabe acrecentar y deslumbrar a los fieles". Siguió mirando a la Virgen. De pronto le apareció que la altísima Señora le sonreía. Cerró los ojos, entreabriéndolos luego lentamente: sí, le sonreía y su mirar suave se vertía como un manantial sobre su alma. Quiso resistir a la impresión; se estaba sugestionando por influencia del amor que profesaba a doña Marinela. No era posible: la imagen no podía mover los ojos ni menos sonreír. Pero la imagen movía los ojos y sonreía dulcemente. Era imposible... Siguió contemplando a la Virgen, entre desconfiado y retador: él quebraría el hechizo. Mas la imagen sagrada, lo miraba con dulzura, hasta movió la cabeza en señal desaprobadora y sus ojos se tornaron tristes, trocando la sonrisa en pesadumbre. El Gobernador no podía dar crédito a su visión. La hermosísima imagen, con su manto de seda y oro, la noble testa con su alta corona enjorada, y el halo de plata que circundaba su figura, daba la sensación de un ser vivo, colocado allí, en el altar, majestuoso de porte y movimientos. Porque la imagen se movía, con ritmo musical, pero se movía, sí... Se diría que estaba a punto de abandonar su sitio para aproximarse al ateo.

El Gobernador comenzó a vacilar. Hombre fuerte y sano, jamás atacado de vacilaciones ni mareos, no quería someterse al extraño influjo de la Virgen. De súbito un haz de luz, verde pálido descendió de la Sagrada Imagen y se rompió en el pecho de don Joseph. Sintió que una voz sin palabras audibles, registradas solamente en su mente, que no supo si brotaban de allá, de la imagen o de su propia conciencia murmuraba suavemente: "Joseph, hijo mío, enmienda tu conducta. Aun es tiempo. Deja en paz a doña Marinela, que ya me pertenece. Búscate esposa legítima, te daré varios hijos. Si no escuchas mi mensaje, perecerás de muerte violenta".

El caballero quedó como fulminado por la experiencia mística que lo visitara y lo sorprendiera hondamente.

Aun intentó rebelarse, una vez más, contra lo visto y lo escuchado. No, no era posible. Doña Marinela lo tenía embrujado con una de esas brujerías ancestrales que él negaba en absoluto. Cerró los ojos para que la escena desapareciera quedando únicamente la escultura inmóvil del principio. Pero al abrirlos nuevamente la Virgen movía los ojos, le sonreía y hasta le pareció que con la diestra trazaba el signo de la cruz en el aire en un gesto de perdón. El haz de luz transparente seguía perdiéndose en su pecho. Y la voz —exterior o interior, no lo sabía— continuaba insistiendo: "Vamos, hijo mío, un buen español, un buen católico defiende y practica su religión. No dudes, vuelve a la fe de tus mayores. Hice que vinieras al santuario para que te conviertas. No vaciles".

El caballero vacilaba entre emociones contrapuestas. Quería y no quería creer... Se negaba a abjurar de su ateísmo sostenido largos años. Guerrero en la mocedad, racionalista y escéptico en la madurez, luchó por defender su independencia espiritual. Ni la Virgen ni los santos quebrarían su exclusivo amor a la naturaleza y a la razón. No, no, las religiones eran creaciones humanas, no caería en el flujo de las supersticiones. Cristo, Mahoma, el Buda habían sido individualidades poderosas, admirables, pero solamente hombres de carne y hueso y sus códigos simplemente morales, no religiosos ni revelados. Pensando así continuaba mirando la Sagrada Imagen. Ella sonrió con tristeza, puso el Niño en posición vertical y enseñó la tierna faz del infante al incrédulo. Y también el Niño lo miraba con ojos juguetones y sonreía dulcemente. Don Joseph se sintió atravesado por un dardo de fuego: ¿era posible, la Virgen y el Niño como seres vivos comunicaban con él? Intentó cortar el suceso, alejarse del Templo y de la dama que seguía orando y llorando a su lado, mas una fuerza extraña lo tenía sujeto al banco donde estaba arrodillado.

Ni el haz de luz se esfumaba ni la Sagrada Imagen dejaba de dar manifestaciones visibles y movibles de su presencia. Embrujo o experiencia mística el caballero continuaba arrodillado. Su sistema muscular paralizado: era una estatua. Le entró el pavor y sin pensarlo le brotó de lo hondo la invocación: "Virgen de Copacabana, hazme el milagro de que pueda alzarme y alejarme de este recinto. Sabré renunciar a doña Marinela y me haré creyente".

La Sagrada Imagen lo contempló con mirada amorosa, su sonrisa se acentuó tierna y expresiva, el haz de luz se diluía en el aire y don Joseph Maidana y Sotomayor, pasmado y confundido, se levantó del banco donde yacía postrado y sin mirar a su amante se alejó del santuario.

Ya en su alojamiento —el patrón aun no estaba en pie— hizo ensillar su mula patifina y se aprestó a regresar a La Paz.

En el camino iba reflexionando sobre lo que le había ocurrido en el Santuario. ¿Un sueño, una alucinación, un embrujo? ¡Bah! Desvanecido el momentáneo terror y lejos de la Imagen Sacra, volvió a ser el hombre vigoroso, incrédulo y soberbio. No, no estaba sujeto a promesa alguna, porque una figura de estuco esmaltada de colores no podía quebrar la firme voluntad de don Joseph Maidana y Sotomayor. ¡Jamás! Lejos del ambiente penumbroso del Templo, en la plenitud del aire frío y seco de las altiplanicies, el señor Gobernador volvió a ser el varón resuelto, invencible, del régimen colonial. Olvidaría el incidente.

Al diablo doña Marinela y la escultura de Tito Yupanqui —meditaba el caballero—. ¿La Virgen? Un invento de los curas. No estaba atado a ningún juramento ni promesa, porque lo animado, lo vivo, no puede acordar nada con lo inanimado y lo muerto. Lo ocurrido en el Santuario había sido sólo fruto de su imaginación. Su conciencia culpable —al fin y al cabo el adulterio es delito contra la sociedad y contra la moral más que contra la religión— le había sugerido el encuentro y las palabras con la Virgen de Copacabana. Esa "Mamita" estaba bien para los indios, los ignorantes y los crédulos. El no reconocía más patrones que la inteligencia y la propia voluntad.

Repuesto con la recuperación de la confianza en sí mismo, el caballero estaba ya muchas leguas lejos del Santuario. Viajaba solo y al llegar a un riachuelo que debía cruzar para retomar el camino, calculó a vista de ojo la distancia: menos de treinta varas del líquido elemento. La mulita lo atravesaría en cinco minutos, pues la corriente —lo había experimentado en el viaje de venida— apenas le rozaría las espuelas.

Al meterse al riachuelo el caballero proseguía su soliloquio. Estaba avergonzado por haberse dejado llevar de la extraña sugestión mental —porque había sido sólo eso, una simple sugestión mental, provocada por su amor a doña Marinela— que le infundiera primero asombro y luego pánico en el Templo; don Joseph se reía de sí mismo: ¿qué hombre no comete una puerilidad en su vida? ¡Bah! Volvería a ser el varón rudo, inflexible de siempre. Sintió que su deseo de la amante seductora se convertía en odio: lo había puesto en ridículo ante él mismo, y aunque no fue testigo de eso que ella llamaría "una experiencia mística", su sola salida lo dejaba malparado con la dama. ¿Por qué no le diría unas palabras de despedida que habrían probado su viril arrogancia? Y bueno, qué importaba. Existían muchas mujeres hermosas para sustituir a Marinela. No tuvo un pensamiento para la Alta Señora y el Niño en el altar del Santuario. Preocupado únicamente de su persona y de la grandeza de su cargo, don Joseph reflexionaba que no volvería a pisar un templo a no ser en las ceremonias oficiales. Bueno estaba él, poderoso Gobernador de La Paz, para adorar imágenes y postrarse ante ellas. Para venganza de la humillación sufrida crearía un impuesto a los romeros con el pretexto de hacer caminos y mejorar el aspecto urbano del Santuario...

Súbitamente la mansa corriente del riachuelo se convirtió en una imponente masa de agua que alzándose altanera arrolló con mula y caballero. Al ser arrastrado por el ímpetu de las aguas, el caballero volvió a impetrar con voces angustiadas:

—¡Virgen de Copacabana, sálvame: No volveré a dudar de tu grandeza! ¡Sálvame, sálvame!

Con la misma rapidez que se alborotaron vino el apaciguamiento de las aguas. Su cauce volvió a reducirse y pronto el riachuelo recobraba su aspecto tranquilo. El señor Gobernador se levantó del remojón y mula y caballero fueron asistidos por una caravana que desde la otra ribera esperaba el accidente.

Esta vez el caballero cumplió su palabra, persuadido que no simples sugestiones, sino verdaderos milagros acontecieron en sus dos encuentros con la "Mamita" de Copacabana. Llegó a La Paz, y se convirtió en el más piadoso caballero de la villa, que oía misa diariamente y velaba por los pobres.

Esta historia no fue recogida ni por el donoso Ricardo Palma de Lima, ni por nuestro conspicuo Brocha Gorda. Pero es una de las más veraces que sobrevive de la época colonial.

Es, además, sólo uno de los muchos y mayores milagros que realizó y sigue realizando la milagrosa imagen de la Virgen de Copacabana, venerada por los lugareños y por los habitantes de la muy ilustre y Católica Ciudad de Nuestra Señora de La Paz.

III.- EL JINETE DESBRUJULADO

Hijo único de padres acaudalados, fue lo que quiso: aficionado a la arqueología, a los textos filosóficos, a ratos teólogo, actor, empresario, político, aventurero, periodista. Pero sólo aficionado, nada firme ni a perfección porque eso sería amarrarse y a él le gustaba cambiar, cambiar incesantemente de metas, de actividad, de estilo de vida. Teníasele por alocado y versátil. Sus largas ausencias jamás se supo dónde ni por qué. La riqueza le permitía presentarse exótico, misterioso. Muchos conocidos, en el fondo ningún amigo ni confidente.

Cuando murieron los padres, su ritmo vital se hizo aun más extraño, más largas las ausencias. Aparecía y desaparecía sin dejar rastro alguno. Loco genial para algunos, simple chiflado para otros, sabía desvanecerse rápidamente cuando ya alguien creía estar a punto de descubrir su intimidad.

Su mejor amigo, más bien el único: el dinero. Lo tenía en exceso y lo hacía manejar por gentes hábiles a las cuales se vinculaba sólo por cables y cartas. Era, en el fondo, un vikingo del siglo XX, proteico, mudable a voluntad, moldeado en varias almas y distintas personalidades, mucho más temible que aquel Eric el Rojo que dicen descubrió la América siglos antes de Colón, sólo buscador de tierras nuevas, sino un insaciable agotador de emociones, siempre en tensión de aventura y de burla porque esa era su ávida recompensa: levantar un edificio de expectativas, hacer vibrar a muchos... y evaporarse sin dejar huella del artífice demonial suscitador de ansiedades.

Como sucedió en su primera tentativa genial, en Roma. Interpretando la figura enigmática de un traficante secreto de armamentos, tendió una tela de araña tan sutil que desconcertó a los mismos de oficio. ¿De dónde venía este extraño competidor, a quien o a quienes representaba, cómo podía derrochar tanto dinero, y por qué artes mágicas situaba partidas de armas en Copenhague, en Amsterdam, en Marsella, en Brindisi cuyo destino final nadie sabía?

La red de negociantes se estremeció. El nuevo competidor sólo se trataba con altos jefes militares y con estadistas de la cúpula gubernativa. Evitó todo contacto con los rivales. Nunca dormía en el mismo domicilio. Fracasaron los detectives privados tratando de ubicarlo. Tendía sus hilos —lo sentían los afectados viendo tambalear sus propuestas— y desaparecía. Al reaparecer se llevaba jugosos contratos en magnitud pero con mínimas ganancias: ¿por qué? Si el tráfico de armamentos consiste, precisamente, en mover grandes masas bélicas y cosechar ingentes utilidades. Pero el maldito conde Reginaldo rompiendo las reglas del juego estaba provocando el derrumbe de la gran maquinaria financiera del tráfico de armamentos. Daba todo por muy poco o casi nada. ¿Cómo era posible? Ninguna economía, ningún Estado, ningún artificio bélico podían soportar esa nivelación hacia abajo. ¿Quién le proporcionaba armas a la pérdida y por qué? Claro que aun no había alcanzado el nivel de las ventas desmesuradas, pero sus primeras operaciones revelaban una audacia, una precisión y una fría seguridad de sus actos que sólo pueden otorgar un respaldo gigantesco de fuerzas políticas y financieras. El conde Reginaldo armó un despelote tal en el ambiente armamentístico europeo, que conmovió en sus raíces a varios imperios traficantes de material bélico.

¿Quién podía saber que este Rimbaud —no poético sino práctico y realista— pretendía agotar hasta la exasperación sus sentidos de cazador y burlador de hombres y empresas, que buscaba remodelar o reinventar el mundo, que ansiaba hacer saltar los sistemas mejor organizados, la malla finísima de las intrigas y tensiones del laberinto mundial? ¿Por qué y para qué?

El conde Reginaldo sonreía enigmático. Sólo él sabía sus caminos. Recordaba su último día en Roma. En la madrugada los periódicos voceando el asesinato de Jan Irumendis, traficante de armas. Luego sus tres entrevistas con un agente secreto de Moscou, otro de Washington, y la

última con un financiero suizo. La pérdida de valores en la Bolsa de Londres compensada con el repunte en el precio del oro. El almuerzo con la condesa florentina cuyo asedio rehuyó porque se reservaba para el encuentro nocturno con Leonarda, la espléndida mulata camarera del café "Leopardis" que sólo a él se entregaba. Casada, sí, y con marido celoso, siciliano, que podía matarla si la cogía en falta, pero por ello mismo más deseable porque la circundaba el peligro. ¡Bah, mujeres! No había problema: podía tenerlas, todas. Leonarda le atraía por su vulgaridad y sus desplantes, por provocativa y audaz, porque era solamente una hembra soberbia desprovista de refinamientos. Por mulata. Porque podía inventar y aceptaba todo género de caprichos en el amor. Porque era Leonarda, finalmente. Pero saciado el placer carnal, la olvidaba muchos días y ese mismo desprecio hacía que la mujer lo aceptase rendida cuando regresaba. ¿Casarse? Qué estupidez. No se amarraba a nada. Cuando Dowbromski, uno de los grandes del tráfico de armas le ofreció, ese último día, asociarlo a sus negocios con una remuneración fabulosa, la rechazó sonriente. Quiso herirlo: "dispongo —le dijo— de cinco veces la fortuna que usted mueve. Yo podría hacerlo mi empleado". No era verdad, mas la sorpresa en la cara del polaco lo hizo vibrar de alegría como aquella noche que hiciera saltar la banca de Montecarlo. Y ese mismo día, tan movido, tan intenso y variado en emociones, se había dado tiempo para visitar a fray Remberto y entregarle veinte mil dólares para su comunidad de niños arrancados a la malvivencia. Entró a una librería, luego a una disquera, por último adquirió un rubí centelleante que viera al pasar por vía del Corso. Y aun debía evocar el encuentro inesperado, una hora antes de tomar el avión, con Focase, el amigo traidor del que tenía jurado vengarse. Claro que bajo el disfraz perfecto del conde Reginaldo, Focase no pudo sospechar ni remotamente que se escondía Miguel Ángel Durandal, el excéntrico minero boliviano al que birlara con malas artes un rico yacimiento de antimonio. Focase, rico a su vez, viajaba mucho y tenía olvidado el incidente, pero Durandal-Reginaldo no. Se aproximó a Focase y tomándolo por las solapas le aplicó un golpe en la mandíbula que lo dejó durmiendo en la acera. Focase diría, después, que fue agredido por un desconocido, un loco, porque un ladrón le habría robado y sus bolsillos estaban intactos. Ese conde Reginaldo, tan diestro, tan hábil de mente y de manos que al subir al avión sustrajo a una bella señora un valioso broche de diamantes mal ajustado, para devolverlo cinco minutos después: "señora, esta joya se le cayó. Creo que es suya", La dama, confusa, no sabía cómo expresar su agradecimiento. Reginaldo, que desde el instante de pisar el avión volvía a ser Durandal sonreía discretamente.

Todo esto y otros incidentes de su travesía —o travesura como traficante de armas— los recordaba Miguel Ángel Durandal montado en su brioso alazán rumbo a Copakawana, donde le placía refugiarse por pocos días, no porque lo atrajera el Santuario que nunca visitó (él creía solamente en la suerte, buena o adversa que persigue a los hombres). Viajaba al lago porque lo deslumbraba la belleza natural del paisaje. Solía hablar en buen aimára con los nativos y les infundía con fianza recogiendo de sus labios leyendas, cosas, enigmas que no cuentan los cronistas coloniales ni los textos modernos.

"Yo debo ser indio —pensaba Durandal— algún antepasado remoto me transmite este amor a la naturaleza, esta afición a la soledad, esta aproximación a los nevados, este encantamiento interior cuando navego en las aguas del Titikaka. Y sobre todo esos largos instantes de quietud absoluta, casi extática, cuando me sumerjo en el silencio y la majestad del paisaje y parece que todo me habla: el sol, el viento, el lago, la cordillera distante, las piedras, los árboles, las ruinas dispersas, la tierra materna y grave..."

Hubo un tiempo en el cual sólo regía la "Jacha-Pacha-Mama", la gran madre tierra, que era la forma posterior de "Pacha", el Dios Cósmico del Ande, padre del origen de los dioses y los pueblos andinos. El dios original se dividió en dos deidades femeninas: la "Pacha-Mama" y la "Kota-Mama", las dos grandes diosas ancestrales del suelo y del mar, que en las lejanías geológicas se combatieron encarnizadamente y ahora sólo brindaban su sosegada, su tierna armonía. Ande venerable y remotísimo, siempre joven, sin embargo, porque su carga de misterio y de relámpago llega punzante al corazón.

Después de la extrema tensión dinámica de sus correrías por el mundo, le gustaba refugiarse en la soledad de su finca, ribereña del Lago Sagrado. Luego de unos días de reposo

volvía al cuenco paceño, siempre en su gran alazán. Tanto o más que el reposo le placían esos viajes ecuestres demorados —él podía tener una avioneta o un helicóptero— durante los cuales analizaba los contrastes entre la vertiginosa actividad europea o norteamericana, y el lento y silencioso transcurrir del orbe andino. ¿Qué sentido tenía su vida? ¿Por qué esa mudanza constante entre lo viejísimo y lo nuevo? Ninguna vida tiene sentido, sucede simplemente. Se la vive, se agotan sensaciones, placeres, riesgos, experiencias. Nadie sabe por qué ni para qué... Esa ruta entre La Paz y Copakawana, jinete en su educado corcel, al trote o al paso, rara vez galopando, constituía el mejor sedante para su espíritu turbulento. Y el paisaje montañoso avanzaba en el tiempo morosamente, como el propio jinete y su cabalgadura. ¿Sería verdad que el tiempo no existía para los antiguos kollas? Habitado a viajar en avión, a moverse en el tumulto de las urbes —La Paz lo era ya aunque fuese en escala menor— el viaje a caballo le hacía sentirse filósofo, poeta y dominador a la vez: todos en auto, en micros o en camión; él, Durandal, a caballo como los bisabuelos sabios tranquilos que viajaban a sus fincas al modo antiguo, sin prisa alguna, en esas épocas lejanas verdaderos señores de sus propiedades, de su tiempo, del cuerpo mismo que no sometían a la fatigante celeridad moderna.

Habitaba, en verdad, tres mundos distintos: el frenético de las metrópolis cuando adoptaba personalidades que después de un tiempo se esfumaban para siempre; el intermedio entre actividad y descanso de la hoyada paceña —Calacoto brinda refugio y descanso al morador diurno de la urbe—; y el pausado y misterioso junto al Titikaka legendario, que entre dos lentos transitaros ecuestres se le antojaba el más real, porque entonces revertía sobre sí mismo, podía analizar a fondo el espectro de sus actos, planear las futuras acciones y también soñar, soñar siempre en ansia de mudanza, cómo evadirse de esos tres mundos que lo tenían como aprisionado en su triple anillar inexorable: Durandal —Proteo, centella viajera en la trepidación internacional; Durandal— minero exótico, personalidad conocida, jamás abierta a la confianza en el hoyo andino; Durandal—jinete solitario en el camino hacia Copakawana, o bordeando el Titikaka fulgurante, juez menor e sus exteriores aventuras.

Había encarnado distintos personajes —una suerte de Montecristo siglo XX— y siempre alcanzó sus objetivos desapareciendo sin dejar la menor huella de esos seres de excepción que encarnaba con fácil aprehensión, por el doble poder invencible que le otorgaban el dinero abundante y su asombrosa adaptación a los círculos internacionales, en los cuales su talento mímico y su vasta cultura se movían diestramente.

Recordaba su cuarta aventura, en Santiago de Chile, cuando fingiéndose un potentado asiático que sólo se expresaba en inglés —¿petróleo, minas de oro, comercio de tapices y antigüedades?— llegó a influir en los medios gubernamentales y financieros proponiendo vastos proyectos industriales. Movía fuertes sumas en los Bancos, gozaba de amplio crédito en círculos financieros de Suiza, Inglaterra y Alemania. Sus antecedentes eran irreprochables. Nada de fiestas fastuosas ni alardes de riqueza; mas bien un pasar holgado pero discreto. Pero en cambio una gran visión del flujo y reflujo de los precios en el mercado mundial. Aconsejaba dosificadamente, muchos le debieron fortuna. Realizó operaciones con el propio gobierno chileno, siempre correctas, ganando lícitamente el gobierno y el financista oriental Farid-Massoud-Djohar. En pocos meses tenía ganada la confianza general de los chilenos.

Cuando propuso organizar un consorcio para la búsqueda de petróleo en la Antártida, su planteamiento pecaba de atrevido. Algunos se atemorizaron, pero Massoud ofreció aportar los primeros treinta millones de dólares que elevaría a cien millones, si gobierno y financistas australes aportaban sumas iguales. El dinero asiático llegó a Santiago y ya nadie dudó: el consorcio petrolífero se organizó rápidamente, aportando lo suyo los chilenos en su mayor parte a crédito exterior por la crisis económica interna.

(El caballo avanzaba al paso, como no queriendo interrumpir las rememoraciones de su amo).

Y esa vez que provocó el pánico en la Bolsa de Santiago mediante maniobras bursátiles secretas, comprando y vendiendo acciones por interpósitas personas... El paréntesis amoroso —la derrota aun le dolía— cuando la bellísima Ivona dos Mariles, pianista portuguesa, de la cual se enamoró de verdad, después de acostarse con Massoud una noche al día siguiente le expresaba que sólo fue un capricho. "Señor Massoud —había dicho con tono firme— todo en usted me repele, desde el físico hasta su manera de ser. ¿Por qué me entregué anoche? Sencillamente: quería saber la sensación que causa hacer el amor con alguien que no nos atrae". Durandal-Massoud se paralizó de sorpresa, también de despecho. La pianista se alejaba elegante y esbelta y él no salía de su asombro. ¿Había sido el disfraz de árabe, la barba tupida, el traje, el toque de cinismo del que solía hacer gala en sus aventuras con mujeres, estuvo distraído, no supo mimarla, o más bien ella buscaba el macho fuerte, insolente, despectivo papel que no pudo jugar porque la hembra le interesaba más de la cuenta? Ivona dos Mariles sería una herida en su vanidad masculina siempre vencedora, rarísima vez defraudada. El desquite sucedió con la victoria de sus ardides financieros. Cuatro días antes que se descubriera el gran engaño del consorcio petrolífero en la Antártida, él y sus técnicos desaparecieron: ellos a Europa con pasaportes dobles, Massoud-Durandal al África con una nueva personalidad, cambiada la apariencia física en un tranquilo arqueólogo danés. Sobrevino el derrumbe del consorcio, los chilenos perdieron 400 millones de dólares, Durandal treinta, ¿pero qué podía importarle si en el tráfico de diamantes ganaba veintinueve? Jamás supieron los hombres del sur cómo se volatilizó el hijo vengador de la patria enclaustrada.

¿Por qué lo atraía la belleza salvaje de los altiplanos? La continuidad del planalto y del lago es en realidad una oposición. Transición de un enigma cósmico: allí, en la lejanía, la tempestad petrificada de los montes nevados, aquí la calma indolente de las aguas. La crestería inaudita de la gran cordillera, despierta al cóndor en el alma, al ave voladora y de presa. El remanso azul del lago incita al sosiego, quisiéramos imitar la marcha lenta y tranquila de la llama. Durandal amaba sumergirse en la desolación de las planicies. Cerros hirsutos, de áspero pelaje. Guijas, pedregones, ruinas de ruinas que perdieron su contorno escultórico para volver a la pétreo masa original. La "thola", fuerte y breve, apenas decora el paisaje, que tira del violeta suave al pardo uniforme. El olivo silvestre palidece el verde de sus hojas. Llamas y alpacas, en reducidas manadas, se insumen en la monotonía del paisaje; paisaje seco, éste, que sólo licua un cielo purísimo, de tonos brillantes y nubes viajeras. Quien avanza, solitario, al ritmo pausado de su cabalgadura, conoce la trágica desolación de las mesetas. Distancias que parecen inacabables. Moles fantasmales escoltan al peregrino. El viento punero sopla sin cesar. A veces espejismos de ciudades aéreas, un brillo cegador, celajes fugitivos que animan con vida imaginaria la quietud elemental de esta tierra viejísima. Sólo almas fuertes, poderosas voluntades pueden sobreponerse, sin ayuda de rápidas máquinas mecánicas, a la tremenda presión cósmica del altiplano. Endurece el cuerpo y templea el espíritu vagar por estas soledades grandiosas. En el escenario primordial de los planos elevados, se conjugan atrevidamente la emoción osada de lo imprevisto y la fina armonía de los tonos, porque el gran telón monótono y callado, suele rasgarse de súbito para entregar segmentos visuales que escapan al viajero apresurado. Y es que el altiplano esconde mucho y sólo entrega sus secretos al frecuentador apasionado.

Durandal sentía, lo mismo en el trayecto que en sus recorridos por el lago, que sombras poderosas, no visibles, lo rondaban. Dioses, héroes, seres victoriosos o infortunados del tiempo mítico. Le gustaba imaginar —o re-imaginar— lo que serían aquellos antiquísimos imperios —atlantes, lemures, hombres de MU, antis y prekollas— que milenios o cienmilenios antes de aimáras y de incas, poblaron el Ande secular, lo hicieron teatro de su poderío y sus hazañas siendo devorados finalmente por PACHA, el dios cósmico de las alturas, el que se alimenta de imperios y naciones porque no le agrada que los hombres y los pueblos intenten levantarse con estatura de montañas.

Recordaba el consejo de un soñador: "sube a una balsa, boga mar adentro —el lago es un mar interior—, sin cavilar, sin inquietarte, y el Dios Desconocido descenderá a tu alma". ¿Qué Dios? No lo hay, pensaba el solitario. Todas las divinidades brotan de nuestra inteligencia, de

nuestro poder de provocar imágenes, de atribuir poderes mágicos a las fuerzas naturales. Pero a veces, bogando lentamente en la ácuea inmensidad una voz secreta le sugería que existen dioses, fuerzas extrahumanas, influjos misteriosos que llamamos destino, suerte, azar. Durandal prefería emplear la palabra "enigma"; sí, estamos rodeados de enigmas. ¿Por qué únicamente el sentido de lo religioso podía darles forma? ¿Y qué es finalmente lo religioso sino sólo un volver del hombre sobre sí mismo, angustiándose por lo que no puede comprender?

No: no hay dioses ni demonios, únicamente la todopoderosa voluntad humana que declina y se extingue al cabo de los años como toda criatura terrenal. Durandal escéptico, descreído, atribuía la fuerza y variedad de su existencia a su don mimético, a su clara inteligencia, a su poder urdidor de intrigas, y también a su suerte, claro está, que jamás lo abandonaba.

Siempre en su gallardo alazán recorría la finca o bordeaba el lago por lugares poco transitados. Amaba la soledad, acaso por contraste con los largos períodos de actividad vertiginosa en las urbes. Y le gustaba remontarse con el pensamiento a lejanías remotísimas o a futuros de distancia incalculable. Esas culturas pre-andinas, que se pierden en la oscuridad del tiempo; o esas comunidades científicas que se hundirán en el universo y poblarán con ciudades-satélites el cielo. Si el tiempo fuese plegable, cómo sería enfrentar al emperador de los Antis, el Mallku-Kaphaj del ancestro, con un rey-ingeniero de la era sideral. El uno todo calma, de movimientos sosegados, dueño de su contorno físico; el otro inquieto, vibrátil, ávido de poder, excitado porque cuanto más ambiciona con mayor fuerza crece el ámbito sideral en que se mueve.

Solía recibir la visita de dos figuras irreales que lo buscaban no siempre sino en los trances de mayor soledad y meditación. No hablaban, sugerían solamente. No se presentaban juntos, sino cada cual aislado del otro. El soberano indio grave, majestuoso, parecía incitarlo al ritmo lento, sosegado de una vida natural, inmutable como la montaña, de sabias regulaciones como la luz solar que rige las cosechas y la acción de los hombres. Sí: habría sido interesante vivir en esa época sin prisas, de movimientos pausados, en la cual muy pocos indagaban qué hay detrás de los horizontes, porque les bastaba y les colmaba organizar el ámbito circular de la propia morada local.

El emperador indio hacía un signo de mando con la estólica, y la muchedumbre agraria suspendía el trabajo para entonar himnos de homenaje a la tierra. Luego las gentes danzaban en grandes ruedas multicolores. Después se dispersaban entre voceríos y risas porque el pueblo era feliz, nada le faltaba, y sólo una casta de señores se ocupaba de organizar y gobernar a la nación andina bajo la mano severa y justiciera del Emperador indio. El paisaje, entonces, entregaba todos sus misterios al habitante, en verdad: unísimaban. Tierra y hombre pariguales, hombre y tierra ligados en el ritmo cósmico, en un entendimiento ancestral que no conocerían las civilizaciones posteriores.

Otras veces lo asediaba la imagen asimismo irreal del aventurero del futuro. Hombre revestido de extraños artefactos, que podía trasladarse por los aires. Su mirada fulgurante de inteligencia, su accionar rápido, nervioso, y con pausas intermitentes el mirar ávido se tornaba sombrío. Venía de muy lejos, acaso de otros astros, podía conducir más lejos todavía. El jinete solitario desconfiaba, en cierto modo atemorizado porque la compañía del hombre futuro lo desasosegaba, le hacía entrever mundos, cosas, tensiones desconocidas y peligrosas. Junto a él su pequeño transcurrir terrestre, sus aventuras personales, se le antojaban juegos de niños. La sombra del aventurero sideral lo atraía y lo rechazaba a un tiempo. Penetrar los tiempos que aun no han sido...

¿Acaso es necesario remontarse al pasado lejanísimo o al oscuro porvenir para sorprender los enigmas, la belleza palpitante de Copakawana? "No —se decía Durandal— mi imaginación galopante se dispara en el tiempo, busca espacios ideales cuando aquí está la verdad esencial". Entonces se solazaba en la contemplación de la Basílica, trepaba al cerro del Calvario desde el cual se domina el panorama térreo y lacustre, se dejaba adormecer por el sol quemante y la brisa refrescante, se insumía perezosamente en el paisaje idílico de Copakawana: pocas casas, pocas calles, sólo dos grandes bultos arquitectónicos: el templo y el hotel. Y como no era época de

peregrinaciones religiosas —que él rehuía— entre las gentes sencillas del lugar y las autoridades que lo respetaban porque siempre acudía en ayuda de las necesidades locales, Durandal podía sentirse un rey sin corona en el lugar. Mas era extraño, él que buscaba sobresalir e imponerse en sus transformaciones en las metrópolis, prefería pasar desapercibido en el Santuario como si fuera un lugar de refugio, de purificación espiritual —nada de ñoñerías religiosas— donde cada cual se examina y se depura por sí mismo.

En otra ocasión, recordando la jugarreta australiana, se mordía los labios preguntándose: "¿soy bueno, soy malo?" Porque esa persecución tenaz a los cuatro hermanos Morristsown que lo traicionaran en Londres había sido un episodio cruel.

Durandal-Fowles —aquella vez fungía de gran editora para aglutinar varias empresas de publicidad— y no fue que le dolió la pérdida del negocio (sabía perder sin quejas), pero lo grave, a su juicio lo imperdonable era que los cuatro Morristsown, pillastres disfrazados de capitanes de industria, le habían jugado sucio desde el primer encuentro, con tal habilidad que sólo pudo descubrirlo al final. Para remate, en un juicio público, dos de ellos perjuraron y los dos restantes urdieron una cadena de intrigas que estuvo a punto de revelar al Durandal emboscado detrás de Fowles. Y esto fue lo que el aventurero andino no podía perdonar: que se le descubriese en su real personalidad. No se llegó a ese extremo, mas el peligro corrido fue muy grande. Y estaba, además, aquello de que los cuatro hermanos se fueron a Sidney con los varios millones de libras ganados ilícitamente a Fowles, y para colmo las frases despectivas conque todos cuatro, después de traicionarlo, habían difundido en los círculos editoriales londinenses contra el fracasado fundador del consorcio editorial.

Su venganza fue directa y rápida. Durandal disfrazado de texano rico, de turista en visita por Australia, aparentando ser medio simplón, medio ingenuo bajo la máscara del hacendado Keyneston, ni siquiera se acercó a los Morristsown, a la sazón bien establecidos con diversos negocios en la urbe australiana. Contrató cuatro gentes del hampa, les pagó generosamente y una noche tuvo a los cuatro hermanos, amarrados de pies y manos en su poder.

Durandal-Keyneston cubría el rostro con un antifaz: quería que sus víctimas ignoraran quién los castigaba y cómo los cuatro hermanos habían burlado y dañado a muchos, nunca sabrían de dónde partía la venganza. Bajo la amenaza de despellejarlos vivos —¿el ancestro indio?— (comenzó realmente a levantar la piel al mayor y los aullidos de éste aterrorizaron a los restantes) les hizo firmar papeles comprometedores que luego remitió a Londres: la extradición y la cárcel fueron el castigo. Mas no contento con la sanción legal, Keyneston recurrió al mejor tatuador del país, el favorito de los marineros por la excelencia de sus trabajos que según él nunca desaparecían, e hizo tatuar en el antebrazo de cada uno de los Morristsown, tres palabras fatídicas: "soy un ladrón". Fuese que esa noche estaba malhumorado o que quiso el placer vengativo de oír gemir a sus enemigos Durandal -Keyneston, después de arruinarlos judicialmente los hizo azotar ignominiosamente hasta que pidieron clemencia a sollozos. Así descubrió que tenía un ser rencoroso adentro, muy adentro...

De Sidney desapareció al día siguiente. Los hermanos Morristsown, curando sus heridas en un hospital, tardaron varios días en iniciar sus pesquisas para dar con su ofensor. Pero nadie sabía de quién se trataba y además las gentes del hampa no hablan. Jamás supieron de dónde partió el golpe aniquilador.

Durandal-Keyneston —en Río de Janeiro cambiaría de personalidad; todavía en el "jet" sentía la sensación de poder incontrastable que le daban su inmensa fortuna y su don de caracterizaciones físicas. (El caballo dio un tropezón, el jinete le levantó la cabeza y con palabras afectuosas le devolvió confianza). Recordaba la divertida escena cuando la bella rubia del asiento próximo se fue acercando sigilosa hasta tocar su pierna con la suya. La sonrisa invitaba abiertamente a la aventura aérea. La mujer joven, muy hermosa, debió estar habituada a las reacciones positivas de los varones. Pero el seudo-texano no estaba de humor y retirando el muslo atrevido de la joven dijo estas palabras que dejaron embobada y arrebolada a la rubia: "no me dejo

escoger, yo las escojo". La tentadora, toda confusa, fuése a otro asiento. Durandal alzó los hombros: "¡qué demonios! si no las necesito ¿para qué se aproximan?".

La aventura de Australia le dejó un ácido sabor. Se había desquitado, pero haber probado que también podía hacer el mal con la misma facilidad que hacía el bien lo dejó desconcertado unos días. Desde el castigo a los Morristown se permitía, de cuando en cuando, aisladas acciones no precisamente edificantes por el sólo placer de conturbar a los demás. Verdad que nunca causaba daño a los humildes, sólo a los peces gordos.

Transcurrieron años de diversas aventuras, cambiantes personalidades y como si un poder mágico guiara sus correrías, su fortuna crecía, crecía incesantemente. Tenía importantes oficinas manejadas por profesionales expertos, consorcios, firmas y negocios muchos de los cuales no lo conocían. Hacía llegar silenciosamente grandes sumas a hospitales, centros de investigación científica, universidades, entidades culturales. En La Paz, su terruño, hizo erigir un bosque con hermosas arboledas, lindos jardines, fuentes y esculturas alusivas al ancestro andino. Albergaba juegos para niños y sitios de retiro para ancianos. Lo cuidaban treinta hombres. Cerraba sus puertas a las ocho de la noche para evitar las fechorías nocturnas de los malvivientes. A las ocho de la mañana del día siguiente el bosque brindaba nuevamente sus naturales encantos a la población. La entrada era libre, sólo se exigía buena conducta a sus visitantes.

Así llegó Miguel Ángel Durandal al medio siglo. ¿Las memorias de Casanova? ¡Bah! Un puro aventurero carnal, cuando existen, además de las mujeres, tantas cosas más, cuántas emociones más hondas. Si escribiera sus memorias, daría material para varios volúmenes y tantas aventuras distintas, increíbles... Pero no le gustaba escribir apesar de su vasta cultura y su facilidad de expresión. Mejor era vivir que contar o imaginar lo vivido.

¿Qué sentido tenía ese vagar por el mundo suscitando revuelos y esperanzas? Y las transformaciones proteicas ¿para qué? No recibía la tempestad de aplausos de los grandes actores porque nadie los conocía. El dinero, el dinero que en la juventud se le antojaba todo, la clave y la llave del mundo, comenzaba a hastiarlo. ¿Puede hastiar el dinero? Nadie lo comprendería pero un multimillonario sí. A veces dejaba que sus directorios y consejeros manejaran y distribuyeran las rentas. Lo que él pedía le era proporcionado con creces. ¡Y era siempre tan poco en relación a lo que podían darle! Sin una gran causa detrás —o adelante— que lo justifique y lo requiera, el dinero resultaba una montaña abrumadora de obligaciones, vigilancia constante, preocupaciones.

Pensó en casarse no porque necesitara amor (todavía le escocía el rechazo de la pianista portuguesa, la única mujer que amara de verdad) sino simplemente para tener compañía, acaso hijos, un hogar dónde se lo recibiera siempre afectuosamente, en el cual podría llamarse a retiro, dedicarse a leer su selecta biblioteca, a la jardinería, a la música —tocaba magistralmente el piano— o al estudio del pasado andino que lo embrujaba. Quería ahuyentar definitivamente al aventurero y ser solamente Miguel Ángel Durandal, una persona como cualquiera otra, nada notorio. Estaba cansado de ser el centro de los homenajes que dan las propinas en los hoteles de lujo y en los grandes viajes. También andaba sobresaturado de la cocina internacional y los famosos licores transatlánticos. Un plato criollo le encantaba, la cerveza nativa también. Y todo eso, vida tranquila, alimentación sana, cariño sincero, cuidar por hacerle gratos los días y sosegadas las noches, sólo podía brindarle un hogar.

"Casarme — se dijo — con boliviana".

Ninguna mujer de las conocidas, soltera, viuda, o casada le interesaba. Era exigente. Buscaba casar con la cabeza, no con el corazón, quería la compañera ideal más que la mujer fascinante. Y no la encontró.

Viajó por todo el país, es decir por las capitales y vio lindas mujeres, garridas mozas, habló con damas inteligentes, finas, más ninguna respondía a sus deseos.

En Cochabamba, faltando tres horas para tomar el avión que lo conduciría a La Paz de pronto vio pasar una cholita, vestida con botas de cabritilla, rica manta de seda y el típico sombrero de copa elevada. Lucía trenzas. La cara hermosa como un sol, llena de picardía. Y el andar cimbreante del cuerpo esbelto era tan llamativo que las gentes revolían para contemplarla. Bien, así, vista de lejos, era una pequeña maravilla.

Durandal la siguió y la abordó sin dilaciones.

Su voz dulce, musical le encantó. Se expresaba con donosura, sus respuestas eran tan apropiadas, y su sensibilidad esplendía tan ágil y vivaz, que el hombre creyó que no era una joven del pueblo sino una damita vestida de cholita. Pero no: la muchacha era una auténtica cholita inteligente, despierta, tan dueña de sí que pudo sostener largo diálogo con el desconocido sin perder la compostura.

Durandal la contemplaba embelesado. Era perfecta: se casaría con el corazón, no con la cabeza.

Inmediatamente le propuso matrimonio.

—Serás mi señora —dijo— te llevaré a La Paz, viviremos en mi finca, en el Lago, y tendrás todo lo que pidas. Tendrás lindos caballos y un auto para ti sola. Y joyas y vestidos, los que quieras.

La joven soltó la risa cantarina:

—Caballeroy, te estás burlando...

Durandal insistió:

—Llévame donde tus padres y ahora mismo vamos donde el señor cura. De veras.

La cholita se encendió de rubor. No le disgustaba el hombre pero ella tenía los pies bien firmes en el suelo. Había un abismo entre ese señor elegante, buen mozo, cuyos gestos acusaban don de mando y la hija del valle que sólo tenía su juventud y su belleza.

Cambiaron nuevas frases. Durandal insistió en su demanda. No se podía dudar de su sinceridad. La joven recordaba cómo son los patrones, todo mieles cuando persiguen a las doncellas, después altaneros, olvidadizos. Verdad que ella se conservaba virgen, que no había caído en las redes de ningún señor ni de ningún valluno de su clase social. Sus 22 años se guardaban y sabía ahuyentar con firmeza, sin herir, a sus galanes. ¿Estaría loco este caballero, habría tomado mucha chicha, o quería divertirse con ella?

—Niña, te estoy jugando limpio. Te quiero para mi mujer. En Cochabamba y en La Paz todos me conocen. Nos podemos casar ahora mismo...

La cholita lo miraba desconfiada. Calló un rato. Reflexionaba. Y dio su respuesta final:

—Te creo, eres bueno, tus ojos y tus labios no mienten. Pero, pero... somos distintos. Al principio tal vez me quieras, después te cansarás de mí. ¿Qué puedo darte yo? Tú necesitas una señora de tu misma clase, yo me uniré a un cholita del valle porque así debe ser.

Y se alejó gritando:

—Que seas feliz caballeroy.

Así vio frustrado su segundo y último amor Miguel Durandal.

Regresó a la hoyada decepcionado. Bien: no pensaría más en hogar ni en matrimonio. Verdad que la soledad tendía sus primeros anillos: cambiaba la política, algunos amigos habían fallecido, la ciudad crecía y con ella mudaban las costumbres. Estaba cansado de las charlas en las cafeterías y de las reuniones sociales. El minero exótico que desaparecía largas temporadas ya no interesaba a los diarios, no era noticia, porque la ciudad, vertida en urbe, exigía sucesos sensacionales, rápidos, cambiantes, sobre todo personalidades y acciones fulgurantes y él había cultivado la suya, en el solar nativo, como una medianía guardando la otra, la poderosa, proteica, la astutísima para el mundo exterior.

Volvía a preguntarse: ¿qué sentido tiene mi vida?

La última aventura —estaba decidido a despedirse de su transformismo internacional— sucedió en Suiza, en la remansada Berna que parece distante del vertiginoso ritmo de los negocios de Zurich, de Ginebra o Basilea.

Se alojó en un hotel tradicional presentándose como el señor Molinari, acaudalado sudamericano que buscaba hacer inversiones en Suiza. No hizo depósitos en los Bancos, lo que siempre es sospechoso y mal mirado, sino inversiones honestas a la vista de todos.

Utilizó sus geniales combinaciones, planeó nuevas sociedades en contacto con mercados de otros países. En pocos meses acumuló fuertes utilidades. Cuando estaba a punto de desaparecer, como era habitual en él, lo sorprendió un escrúpulo hasta entonces desconocido: ¿burlarse de los honestos suizos, por qué? Había jugado tantas veces con la confianza y la falta de visión de los hombres de negocios, que repentinamente sintió el deseo de que siquiera uno de sus múltiples personajes fuese bien recordado. Salvaguardó los intereses de todos los que habían caído en sus maniobras financieras y ordenó al Crédit Suisse que los cinco millones de dólares que acababa de depositar, fuesen destinados a la defensa de la salud en Berna y en Saint-Gallen. Molinari se esfumó tan veloz y tan absolutamente como sus antecesores.

No es que hubiera sentido una satisfacción especial al trocarse de burlador en benefactor. Era algo raro... De retorno a La Paz acarició la idea de seguir la huella de los grandes filántropos-bandidos de Norteamérica: los Carnegie, los Rockefeller, los Guggenheim, que habiendo levantado inmensas fortunas ilícitas, las devolvieron al pueblo en forma de donativos cuantiosos para obras de beneficio colectivo. De contrapartida lo asaltó el temor: ¿qué pensarían fisco y compatriotas del poseedor de tan inmensa fortuna; por qué la había ocultado tantos años; no querían arrebatarle todo por medio de gravámenes; no se le haría la vida imposible si fuese acosado por peticiones, planteos y pedigüños? No, claro estaba que se echaría un mundo de contrariedades diarias si tratase de actuar como filántropo y difundiese los ingentes caudales que poseía. No. Además él era radicalmente egoísta, indiferente al pasar de los demás. No había nacido para Mecenas ni para filántropo.

Una vez más, cabalgando en Princilín, las dudas lo rondaban. ¿Qué sentido tenía su vida? El dinero crecía, crecía: ya no sabía qué hacer con tanta riqueza. La fama no le importaba, todos sus fantásticos personajes financieros y bursátiles se habían evaporado sin dejar rastro; sus hazañas quedarían sin identificación personal. En su patria seguía siendo el minero exótico, ni amado ni despreciado. Nadie conocía el fondo de su genio para los negocios ni su cultura humanística que tampoco se reveló al exterior. Defraudado en sus dos únicos amores —la portuguesa y la cholita cochabambina— no podía soñar en el hogar para los años finales, porque las mujeres no colmaban sus aspiraciones: seguían siendo objetos de placer. Nada más. Su quehacer, su realización, habían corrido como un río subterráneo, para él solamente. ¿Quién podría creer lo vivido si lo contara? Escribir sus memorias... Sería calificado de mentiroso o de inventor... Había agotado las fuentes del vivir. Además de sus grandes proezas financieras, estaban las otras, las Innumerables y sorprendentes hazañas de carácter personal, grabadas en su prodigiosa memoria retrospectiva. ¡Qué derroche de energías, de fuerza vital, de versatilidad en el

concebir planes y en el disfrutar de los dones de la vida! Había sido una poderosa voluntad, una personalidad magnética, deslumbrante, encubierta por una voluntaria medianía. ¿Por qué ese doble transcurrir? El escepticismo sucedía al tremendo desborde vital de los años pasados. Venía el tiempo de un final sin gloria, sepultado en oro como el rey Midas, pero desprovisto del don de comunicación porque jamás tuvo confidente ni amigo de verdad.

Dejó el alazán en el pesebre, comió solo en la finca y luego salió a pasear en la noche lunada. La lumbre del astro niquelaba el paisaje dando singular relieve a líneas y volúmenes. Con su vista penetrante divisó la Horca del Inca, la eminencia del Calvario, más allá la torre y la cúpula del Santuario, los montes y colinas, las casas, los arboles, todo quieto, silencioso. Se fue después bordeando el Lago en cuyas aguas plácidas la luz lunar ponía móviles reflejos. Una corriente invisible, de sutiles ligamentos, parecía enlazar la tierra y el mar interior, como si un coro gigantesco de voces o murmullos apagados despertara a los dioses lacustres y telúricos. Durandal se sintió arrastrado por el flujo cósmico. O sumergido más bien en sus ondas que lo capturaban en modo irresistible.

De pronto lo acometió un vértigo, el paisaje se volteaba en círculo. Un telón brumoso tendía a ocultar la escena. Se pasó la mano por la frente, se frotó los ojos y con un esfuerzo de voluntad se sobrepuso a la momentánea vacilación. Del confín, de muy lejos, brotaba una flota de extrañas embarcaciones que conducían miles de guerreros enmascarados. Los jefes se cubrían con cabezas de pumas, de cóndores, de osos, de toros, de serpientes. Las numerosas naves atracaron a un gran muelle y el ejército tocó tierra. Otra inmensa multitud descendiendo detrás de una colina salía al encuentro de los invasores, también raramente ataviados, guerreros también por sus armas y con máscaras totémicas sus jefes. Pero no se atacaban. Ambas fuerzas acamparon, los jefes altos y membrudos se pusieron a deliberar. Luego distribuyeron ambos ejércitos en posiciones defensivas. Eran tantos y tan fuertes que parecían invencibles. Un gran vocerío se levantó por el oeste y surgieron negras y densas masas de unos hombrecitos de piernas cortas y brazos ágiles que disparaban sus estólicas con precisión increíble. Guerreros y hombrecitos combatían sin prisa, sin furor como si una extraña ley impusiera ritmo lento a sus acciones. Unos eran más fuertes, los otros más ágiles. Flechas, garrotes, piedras, venablos cundían por doquier. Los heridos ya no se levantaban, los derribados violentamente tampoco. Se hizo un alto en la lucha, juntáronse jefes de los hombres altos y jefes de los hombrecitos, recorrieron el campo y mediante varas vegetales señalaban a los caídos. Terminado el recuento los hombrecitos formaron y desfilaron en silencio rumbo a unas grutas lejanas en las cuales se perdieron.

Otra vez la calma de la noche, las aguas tranquilas, el paisaje nocturno quieto. Durandal creyó haber soñado. Súbitamente las aguas del lago se encresparon formando muros altísimos que avanzaban velozmente hacia la playa. Quiso correr para ponerse a salvo pero el mar interior venía con tal velocidad, que lo cubrió y sobrepasó sin mojarlo, sin hacerle daño, volcándose arrollador sobre el suelo donde no existían el Santuario ni las casas conocidas, sino una extraña ciudad de fortalezas, templos y palacios de piedra. La tormenta lacustre barrió con todo: sólo quedó al retirarse las aguas, el promontorio central en pie. Edificios, árboles, gentes yacían dispersos a millares por la furia de la inundación. Volvieron los líquidos ejércitos a su nivel inicial, pasaron nuevamente por encima o a través de Durandal sin dañarlo ni humedecer su cuerpo. Entonces comprendió que asistía a una escena fantasmal de espectros, no de cuerpos.

¿Había asistido a uno de los maremotos de Tiwanaku que —dicen las leyendas— fueron varios en el tiempo y destruyeron repetidas veces Tiwanaku, Copakawana, Sillustani, y otras poblaciones antiquísimas?

No tuvo tiempo de reflexionar porque enseguida se inició una sucesión de escenas rápidas, fragmentarias, como si una máquina cinematográfica las pasara cortadas, veloces, en cierto modo incoherentes.

Muchas batallas, en distintos escenarios. Pucaras o fortalezas que se disputan la cumbre porfiadamente. Largas procesiones de reyes, guerreros y cortesanos precedidos de largas

muchedumbres. Inundaciones, terremotos, la tierra que se abre y se traga a las gentes. Incendios, pumas despavoridos que escapan de sus jaulas. O escenas idílicas de altos jefes con hermosas doncellas. Danzas ceremoniales, ritos religiosos, coros extraños. Y esa sucesión de batallas, fiestas agrarias, catástrofes naturales —hasta vio una erupción volcánica— pasaban rápidamente cambiando de escenario físico, de pueblos, de vestimentas desde los tiempos megalíticos hasta las muy avanzadas sociedades andinas. Curiosos artefactos mecánicos que se elevaban verticalmente a no más de doscientos metros de altura. Procesiones imponentes con raros ritos que insinuaban la adoración a las montañas, a los ríos, a los árboles, al lago sagrado, a las piedras, al sol y a la luna. Tan pronto personajes con ropajes abigarrados como otros de simple vestir. Todos de gestos lentos y solemnes. Juegos públicos de pelotas vegetales que se debía lanzar a la mayor altura posible al aire y después encestar. Varias veces las ciudades se derrumbaban, las fortalezas —"pucaras o "llallaguas" las llamaron los antiguos— eran conquistadas, destruidas, y reedificadas cuando los invasores se retiraban. Y el lago invadió las tierras, las empastó y enterraba casas y moradores para siempre. Y las naciones, las cortes imperiales, los palacios, las ciudades y las multitudes desfilaban con ritmo acelerado, cubriendo las unas a las otras. Y se sucedieron también lugares privados de acción, aglomeraciones, avenidas de estatuas monolíticas, todas parecidas, que a ratos daban la sensación de ser gigantes petrificados en su esfíngida presencia. Y eran pueblos altos, unos, otros de mediana estatura, algunos bajos cuyas pieles variaban de pigmento y de color. Todos constructores, agrarios, guerreros, navegantes del mar interior. Cambiaba asimismo el fondo telúrico, se achataban las colinas, avanzaban y retrocedían las aguas, surgían quiebras y pináculos térreos, a parajes bucólicos sucedían lugares desolados, escuetos. Y habían observatorios para escrutar el firmamento y sistemas hidráulicos para regimentar cosechas y regadíos. Incendios y diluvios no faltaban en el friso moviente de pueblos y ciudades. Y de un punto lejano vio avanzar un antropoide de largos brazos y cuerpo peludo; y del extremo opuesto se aproximaba el Rey-Sacerdote alto, imponente, lleno de majestad y poderío, ataviado con fulgurante pedrería y la pluma enhiesta del "corequenque" en la alta frente. Y supo que entre una y otra figura transcurrieron más de un millón de años. Y a las escenas de desastres siguieron otras, sin guerras, sin catástrofes naturales como si una mano benigna protegiese la vida de los altioplánicos. Y las razas, los imperios, las naciones, las costumbres mudaban rápidamente porque la máquina cinematográfica de la memoria que mira para atrás quería presentarlo todo. Y el gran desfile heterogéneo de paisajes y muchedumbres Durandal lo veía con sus ojos y lo absorbía con su cuerpo, pues a veces todo el movimiento visual lo atravesaba para recomponerse detrás suyo; o brotaba a sus espaldas, vibraba en ondas misteriosas, penetraba y sacudía su cuerpo con sutiles estremecimientos para lucir después ahí, afuera, delante de sus ojos asombrados. Tantos, tantos tan distintos, tan exóticos, en sucesión inabarcable, porque pasaban centenares de pueblos y culturas, desde las más primitivas y remotas hasta las superiores y mejor organizadas del Kolla y del Inka. ¿Asistía a una cinta móvil de imágenes que recomponían todo el pasado andino? Creyó distinguir estandartes, banderas, insignias de mando, letreros insólitos que desplegaron nombres desconocidos unos, otros legendarios. Y también los nombres desfilaban en fugitiva marcha: atlantes, lemures, gondwanas, gentes de MU, paka-jaques, willka-runas, antis, wiracochas, protokollas, pumiris, carangas, monteranis, kollas o aimaras, quéchuas o inkas y el rosario de los remotos pobladores se perdía en el horizonte.

Se hizo una pausa, el paisaje nocturno recuperó su calma. El lago nuevamente sereno, batiendo suavemente con su oleaje la playa. El San santuario luciendo su esbelta arquitectura. El peñón del Calvario, los cerros y colmas conocidos, callejas y casas familiares. La villa de Copacakana en el sopor onírico.

Lentamente la escena se fue desfigurando: menos casas: menos árboles, el templo nuevo aparecía a medio construir, junto a una capilla donde pocas gentes entraban y salían en recogimiento. Por el camino polvoriento cruzaban una calesa, carretas, mulas y algunos caballos. Era algo extático, como un perdido sueño de infancia que se recupera semiborroso. Le pareció estar de la mano de su abuela Matilde la primera vez que lo hizo ingresar al templo —entonces estaba terminado—, haciéndolo arrodillar al pie de la imagen de la Virgen. La Señora del Cielo le había sonreído con dulzura, era muy hermosa y ostentaba muchas joyas, pero Durandal, desde niño no-sentimental, salió poco impresionado. Habían transcurrido cuarenta años de esa única

visita. Sintió un vago deseo de volver a la Basílica, que estaba algo distante, tal vez por curiosidad, tal vez para conocer la sensación de una segunda visita ya maduro. Pero sucedió que de la fila de personas que se aproximaban al templo, una mano invisible seleccionaba como diciendo: "esta sí, esta no". Y cuando le llegó el turno se vio detenido. No era de los escogidos. Entre resentido y desconcertado creyó comprender: no era de los buenos, carecía de principios religiosos; ¿que tenía que hacer en el templo?

Se había trasladado sin moverse hasta la Basílica. Ahora volvía a verse bordeando el Lago con el anhelo frustrado de volver a ver la Santa Imagen de la Virgen que no lo impresionara de niño. La Señora del Cielo... ¿pero acaso existe el cielo? Una vaga sensación de tristeza y soledad lo oprimió, Se le antojó escuchar a la abuela Matilde que lo incitaba en voz baja: "anda, estás muy lejos, necesitas comunicación, la Señora te escuchará, te comprenderá, si llegas a captar su habla sin palabras, mejor dicho si Ella te hace la gracia de descender su bondad hacia ti, entonces podrás renacer a nueva vida".

La imagen de la Virgen flotaba en el aire, allí muy próxima, hermosísima, hizo la señal de la cruz con la diestra y una sonrisa melancólica vagaba por sus labios. El minero comprendió: quería rescatarlo pero algo se interponía entre su bondad y el pecador reacio a la fe. Un impulso ancestral, una fuerza secreta que pensó venía más que de los padres de abuelos y bisabuelos estuvo a punto de inducirlo a arrodillarse. Más no sabía orar ¿y qué podía decirle, cómo lo ayudaría esa figura etérea que calmadamente se esfumaba en la noche serena?

Durandal sintió rabia contra sí mismo. Estaba viendo visiones, cosas de pasados muy remotos, algo del transcurrir de los tiempos coloniales, una reminiscencia o un soplo del católico sentir que no llegó a introducirse en su alma. No había bebido, no tomaba drogas, ni estaba cansado. ¿Por qué esas alucinaciones?

Tomó asiento en un pedrón y de súbito el paisaje comenzó a moverse con ritmo demonial, en un galope desenfrenado de parajes, escenas, sucesos, cosas, personas... Toda su vida de aventurero-proteico desfilaba ante sus ojos, los grandes enredos bursátiles, las empresas financieras, los consejos de los grandes capitanes de industria, las personas a las cuales había burlado, las metrópolis frecuentadas, los extenuantes viajes aéreos, las tramas de sus planes que desconcertaban a unos y hundían en la ruina económica a otros, los placeres fugaces con mujeres de toda laya, las comidas succulentas y los vinos exquisitos, las discusiones con técnicos y políticos, todo mezclado con las temporadas reposadas en la patria actuando de minero solitario, y los viajes a la finca, los paseos en la península y las meditaciones al filo del lago; luego nuevamente los largos viajes, nuevos disfraces y aventuras en la sociedad internacional, atrayendo siempre al dinero como un imán, sin pensar mucho para idear la mejor manera de engañar a los demás y acrecentar lo suyo. Detalles olvidados surgían en ese lienzo acuático, su vida en todo su esplendor de vencedor y con los lapsos de contrariedad y decepción que lo conmovieron en tiempos lejanos. Todo se presentaba y se alejaba vertiginosamente; también su mente se hacía más lúcida, más rápida para captar el torrente impetuoso de las visiones que lo asediaban, entrando y saliendo de los Bancos, haciendo conducir maletas cargadas de oro, de billetes, firmando documentos por los cuales jamás respondería, concertando entrevistas, trasladándose de una ciudad a otra, cambiando de fisonomía y de identidad personal, sus individualidades mistificadas, el choque del tren del que saliera ileso, las obras de caridad que hacía más por distraerse que por auténtica piedad cristiana. La dromomanía que le impedía permanecer mucho tiempo en un mismo lugar, ese afán diabólico de no abrirse a nadie y llevar la inquietud a conocidos y desconocidos, sus horas de refugio en el arte y en la cultura, la caída en la cumbre de una mina que le costó tres semanas inmóvil por el tobillo fracturado, las dos amadas que no pudieron ser, la pianista portuguesa y la cholita cochabambina de los hechos pasados, arrebatado en un viento furioso de caras, cosas, encuentros, incibina, los amigos del colegio, los enemigos de la adultez. Y de pronto se vio envuelto en el torbedentes, paisajes, aventuras, mujeres, hombres, sucesos que volaban en una corriente de aire velocísima, casi hasta producir vértigo, dejando atrás mares, cordilleras, valles, bosques, llanuras en una travesía aterradora que parecía no tener fin. Y cuando volteaba la cabeza, presa del pánico, divisaba un ataúd negro, abierto que parecía a la espera de alguien que

lo habitara. Lanzó un grito de espanto y se vio otra vez sentado en el peñón en el silencio augusto de la noche lunada.

"Debo haber tenido algún antepasado loco, o solamente yo por mi intensa vida de fingir y urdir y viajar y mentir acabaré trastornado".

Se fue a La Paz y dispuso cómo se desarticularía su inmensa fortuna dentro y fuera del país. No le gustaban los políticos ni los financieros. Envío cables e instrucciones precisas a sus consorcios y apoderados en el extranjero. Todo iría a fines de investigación científica, de promoción cultural mediante Fundaciones de letras y de artes, para impulso al deporte y para crear bosques, muchos bosques en todo Bolivia porque al fin comprendió que debía ceder a su patria la mayor parte de sus riquezas.

En el último viaje a Copacawana —ya el gran alazán había muerto— rememoró incidentes pasados. Luego pasó revista a sus disposiciones finales: sí, su inmensa fortuna estaría bien distribuída y haría bien a muchos, tal vez por varias generaciones, pero —la última diablura— su mente complicada había imaginado distintas trampas para poner en dificultades momentáneas a los encargados de manejarlas. Los muy inteligentes —son pocos— las descubrirían; los lerdos y tontos sudarían fuerte antes de poder sortearlas.

El jinete pensaba que no siempre el que posee mucha fuerza encuentra más fácilmente la brújula de su destino. Al contrario, el exceso de poder y de hacer abre una grieta de perplejidad en su espíritu por la cual se escurre sinuosamente la sierpe de las dudas.

Caía la noche cuando Miguel Ángel Durandal tocó las puertas del convento de los franciscanos. Conversó secretamente un largo par de horas con el Prior de la Orden, entregó un cuantioso donativo al convento y pidió ser acogido con una sola condición: nadie sabría quien era el nuevo franciscano. Como ninguno de los frailes ni el propio Prior lo conocían personalmente fue aceptado como el Hermano Pablo.

Y el Hermano Pablo, que suele ir a meditar a las orillas del Lago Sagrado y que visita con frecuencia el Santuario de la Virgen, es acaso el único ser que puede conciliar en su alma la trágica grandeza de los tiempos míticos del solar maravilloso, y el mundo celeste de amor y de esperanza que fluye del rostro fascinador de la "Mamita" de Copakawana.